



Olivia Kiss

*Un viñedo
para
Allison*

Un viñedo para Allison

Sinopsis

Cuando eran jóvenes, Alexandre y Allison se reunían todos los veranos en El Viñedo Morriset y su amistad pronto dio paso a algo más, un sentimiento profundo. Sin embargo, antes de la amarga despedida, él le prometió que le escribiría, pero nunca lo hizo.

Diez años más tarde, el viñedo está en venta. El señor Morriset quiere que termine en manos de alguien que realmente entienda lo que significa aquel lugar, así que Alexandre y Allison acaban siendo los únicos aspirantes y deberán pasar unas semanas juntos en ese sitio en el que se enamoraron, aunque ahora el odio, el dolor y el sabor de la traición parece interponerse irremediabilmente entre los dos. ¿Pueden los muros de aquella casa derribar los que ellos mismos han construido? ¿Realmente ya no sienten nada el uno por el otro?

Prólogo, 1993

Alexandre observó cómo el pecho de Allison se balanceaba sutilmente arriba y abajo al compás de su pausada respiración. Apartó la sábana para descubrir el cuerpo desnudo de la joven y sus ojos recorrieron ávidos cada tramo de su piel, prometiéndose a sí mismo que jamás olvidaría esa imagen. Despacio, deslizó los dedos hasta dibujar con las manos el contorno de su cintura y Allison se estremeció ante la dulce caricia.

—Lo siento si te he hecho daño. —Alexandre se inclinó y depositó un beso en la punta de su nariz—. La primera vez es inevitable que...

Allison silenció las palabras del chico cuando sus labios presionaron los de él. Jamás se había sentido tan eufórica, tan plena, tan viva. Le quería. Estaba completamente enamorada de Alexandre. No era un sentimiento nuevo para ella, siempre había sido así. Desde que tenía uso de razón, cada verano cuanto llegaba con su familia al Viñedo Morriset, había buscado con desesperación los oceánicos ojos de Alexandre. Se convirtió en su sombra, siguiéndole allá donde fuese; ambos habían sido uña y carne, inseparables.

Y ahora estaba tumbada en su cama, completamente desnuda en todos los sentidos, tras entregarse a él. Había sido su primera vez y, a pesar de que su

madre solía decirle que con tan solo dieciséis años no podría reconocer el amor verdadero, Allison estaba segura de que había encontrado a su otra mitad. Era él. Era Alexandre Lambert.

—Alex, estoy bien. —Sonrió y le dio un vuelco el corazón cuando los ojos azules de Alexandre le miraron de *esa* forma; con una mezcla de ternura y deseo.

—No puedo creer que mañana tengas que marcharte —suspiró y enrolló entre sus dedos uno de los suaves rizos de Allison—. Hemos desperdiciado la mitad del verano. Si hubiese sabido antes que tú sentías algo por mí...

—Creo que has sido el último en enterarte. Era bastante obvio. —Allison se obligó a mostrarle una sonrisa traviesa e intentó no llorar—. Pero no importa, Alex. Podemos estar juntos. Nos escribiremos durante todo el año, serán cartas tan largas que el cartero nos odiará y sufrirá dolor de espalda. —Alexandre le devolvió la sonrisa—. Y volveremos a vernos el próximo verano, como siempre. Todo saldrá bien.

Alexandre cerró los ojos. Ella era demasiado buena para él. No estaba seguro de poder esperar un año entero para volver a ver su dulce rostro. El simple hecho de saber que ni siquiera estarían en el mismo continente le removía las entrañas. Ella volvería a Estados Unidos y él se quedaría en Francia. ¿Qué futuro podía tener una relación a distancia?

Sintió la mano de Allison acunando su mejilla.

—¿Me escribirás, Alex? —Lo miró dubitativa.

—Te lo prometo, Ali —le susurró.

Ella se quitó el anillo que llevaba y se lo dio. No le dijo que aquel anillo de plata que parecía no valer demasiado era en realidad una reliquia de su familia. Primero había sido de su tatarabuela, más tarde de su bisabuela, después de su abuela y finalmente de su madre que, al ver cómo lo miraba Allison, terminó dándoselo cuando cumplió los catorce. Era sencillo y liso, apenas sin adornos, pero se suponía que traía fortuna a su portador.

—Toma, quédatelo. Dicen que da buena suerte.

—¿Estás segura? —Él lo cogió entre sus dedos.

—Sí. Ya me lo devolverás el verano que viene.

Allison le sonrió y se relajó junto a su cuerpo. Ninguno de los dos durmió. En silencio, observaron el amanecer. El sol se alzó lentamente atravesando el oscuro cielo y fue iluminando a su paso los extensos terrenos de El Viñedo Morriset. Se vistieron en silencio, a sabiendas de que había llegado el momento de despedirse.

Alexandre la abrazó con fuerza y suspiró hondo, provocando que Allison se estremeciese al notar el aliento cálido del chico en su cuello. No quería que se fuese.

—Bajaré por el balcón, por si acaso.

Al no recibir respuesta de Allison, se apartó para mirarla y, cuando

descubrió las silenciosas lágrimas que surcaban sus mejillas, creyó sentir su corazón estremeciéndose. Le limpió las mejillas con la esperanza de que sus dedos pudiesen también arrastrar la tristeza.

—Te quiero, Allison.

—Yo también a ti.

Unos golpes fuertes y secos resonaron en la habitación cuando alguien llamó a la puerta.

—¿Sí? —preguntó.

—Soy mamá. Abre la puerta, Ali.

—¡Ya voy!, ¡me estoy vistiendo! —gritó, sintiendo que el corazón le latía a mil por hora.

Miró desesperada y preocupada a Alexandre, pero no hizo falta que le dijese que debía irse, él ya estaba abriendo las puertas que conducían al balcón. Con un nudo en la garganta, intentó memorizar su rostro. El cabello, de un negro azabache, estaba ligeramente despeinado y sus ojos, de un azul intenso, contrastaban con la piel bronceada que tanto le caracterizaba. Allison ahogó un sollozo.

—Pequeña, no llores —le susurró él. Tras abrir las puertas del balcón, un viento cálido recorrió la habitación—. Te prometo que pensaré en ti a todas horas, cada minuto, hasta que volvamos a vernos.

Él salió al balcón y miró en derredor, asegurándose de que no había nadie

cerca que pudiese ser testigo de la huida. Cruzó una pierna tras la pequeña valla de forja y se preparó para saltar; por suerte, apenas dos metros le separaban del suelo.

—¡Espera, Alex! —exclamó Allison sin alzar mucho la voz.

Abrió un cajón de la mesita de noche y corrió hacia él. Le cogió de la mano y, con un rotulador negro, comenzó a trazar la dirección de su casa en el brazo de Alexandre. El joven sintió cómo su piel se estremecía conforme ella escribía una palabra tras otra, como si la tinta se escurriese hasta mezclarse con su sangre. Cuando terminó, sonrió. Nunca había visto una sonrisa tan bonita y sincera como la de Allison.

—Se te olvidaba, ¿dónde pensabas escribirme? —cuando le besó, él entreabrió los labios acogiendo los suyos—. Yo también te quiero, Alex. No me olvides.

Volvieron a llamar a la puerta y ella suspiró con fastidio.

—No podría olvidarte aunque quisiese.

Tras saborear sus labios por última vez, Alexandre le dirigió una mirada traviesa y, antes de saltar, la dio un pequeño empujoncito para que abriese la puerta y no se metiese en problemas. Cuando sus pies tocaron el suelo, comenzó a caminar y se giró con la esperanza de ver a Allison una última vez, pero no logró avistar su ondulado cabello dorado ni el precioso vestido azul que se había puesto aquella mañana. Con el corazón en un puño, se alejó

de la casa de huéspedes sin volver a mirar atrás.

1

Regreso al pasado

El Viñedo Morriset se pone a la venta.

El Señor Morriset confirma que el viñedo familiar ha sido puesto en venta. El famoso lugar no solo cuenta con una bodega de reconocido prestigio, sino que, su cosecha, aunque escasa (lo cual le otorga exclusividad), es una de las mejores de la ciudad y ha recibido numerosos premios a lo largo de los años. La fructífera propiedad, además de estar dedicada plenamente al cultivo, cuenta también con un hotel con capacidad para más de diez personas y un establo con mansos caballos que hacen las delicias de los turistas.

Según informan los abogados del Señor Morriset, está dispuesto a escuchar ofertas. El precio que se ha fijado para la venta todavía no se ha hecho público. La inmobiliaria encargada de gestionar la posible adquisición ha emitido un comunicado donde se explica que el Señor Morriset pretende conocer personalmente a los posibles compradores de la propiedad y las numerosas hectáreas que la forman.

*Periódico, **Dernières Nouvelles D'alsace.***

Tras leer el artículo por décima vez consecutiva, Allison dobló el recorte del periódico en cuanto reconoció su maleta roja en la cinta transportadora del aeropuerto. Suspiró hondo mientras se encaminaba hacia la puerta de salida con paso firme y decidido. Cruzó los dedos, con la esperanza de encontrar un taxi en la misma entrada de la terminal.

Afortunadamente, así fue.

El taxista se ofreció a guardar su equipaje en el maletero del coche y, aunque le invadió cierta desconfianza, finalmente asintió con la cabeza y se acomodó en el asiento trasero.

—¿A dónde desea ir, señorita? —preguntó el hombre, que rondaría los cincuenta, mirándole por encima del hombro tras ponerse el cinturón.

—Al Viñedo Morriset, ¿sabe dónde está?

—Por supuesto, señorita. —Colocó bien el espejo retrovisor antes de arrancar el motor e incorporarse a la carretera—. ¿De dónde es usted? Tiene acento.

Allison puso los ojos en blanco con la certeza de que el taxista no la miraba. Había deseado un viaje tranquilo y la incomodaba hablar con extraños. El silencio era más agradable de lo que la gente solía pensar. Exhaló despacio.

—Soy americana —respondió.

—Pues habla usted muy bien francés.

—Gracias —contestó educadamente.

El viaje era largo; al menos tres cuartos de hora durante los que atravesarían campos repletos de viñas y diversos cultivos bañados por la luz del sol. En cuanto escaparon de las garras de la ciudad, Allison fijó la vista en la ventanilla del vehículo y se relajó cuando el paisaje empezó a parecerse al lugar que ella conocía. Le encantaban los cálidos colores de la tierra; rojizos, ocre, marrones, amarillentos... contrastaban bruscamente con el verde de los árboles y las plantas que se alzaban orgullosas hacia un resplandeciente cielo azul.

Azul, azul brillante, matizó Allison. Apartó bruscamente la vista del cielo cuando advirtió que le recordaban demasiado a los ojos de Alexandre.

Unos ojos que no había visto en diez años.

Ya no es que no lo hubiese visto, tampoco había tenido noticias suyas. Ni una mísera carta. Nada, absolutamente nada. El último recuerdo que albergaba de Alex correspondía al momento en el que lo vio saltar por el balcón llevándose con él su inocencia.

Cabrón insensible. Traidor. Rompecorazones profesional.

Allison resopló, ganándose una mirada curiosa por parte del taxista.

De todos modos, hacía mucho tiempo que había olvidado a Alexandre. Ahora tenía veintiséis años, estaba diplomada en literatura con honores y se había convertido en una mujer práctica, realista e independiente. Tras muchos

meses de incertidumbre, aceptó que su madre había estado en lo cierto. A los dieciséis años, no se puede saber con certeza lo que es el amor. Lástima que jamás llegase a decirle a su madre que tenía razón. No tuvo tiempo para hacerlo. Las cosas habían cambiado mucho desde la última vez que estuvo en Francia. La vida se empeñaba en dar giros inesperados y sorprenderla tras cada esquina, pero, por primera vez desde hacía mucho tiempo, Allison sabía bien lo que quería y estaba dispuesta a conseguir sus propósitos.

Deseaba comprar El Viñedo Morrisset.

Era el único lugar donde se había sentido libre y en paz. A pesar de la mancha negra que suponía el recuerdo de Alexandre, El Viñedo Morrisset era sumamente especial para Allison.

Había veraneado allí desde que tenía uso de razón. En cuanto llegaban las vacaciones, cogía un avión con su familia y se instalaban en el hotel, disfrutando de soleados y apacibles días. Sus padres adoraban el lugar y, según tenía entendido, ella misma había sido concebida allí.

Nunca se sintió capaz de regresar por su cuenta a lo largo de aquellos diez años, pero, en cuanto vio la noticia en internet de que la propiedad se encontraba a la venta, supo al fin lo que quería hacer con la desorbitada herencia que sus padres le habían dejado: adquirir la propiedad.

Allison ansiaba dejar atrás las atestadas y ruidosas calles de Nueva York para sumirse en la tranquilidad y el silencio de la vida rural.

Afortunadamente, tras relatarle por teléfono al Señor Morriset la historia de sus padres y el cariño que ella le profesaba a la propiedad, éste le había pedido que mantuviesen una reunión personal asegurándole que, aunque apreciaba su determinación, también había otro cliente interesado en el viñedo.

Tras hablar con el Señor Morriset, Allison apenas tardó un día en hacer su maleta, comprar el billete de avión y solicitar en el trabajo —una biblioteca cerca de Brooklyn— los numerosos días libres que le debían ya que, hasta ese momento, no había estado interesada en coger vacaciones extras. En palabras texturales de Emma, su mejor amiga, se había vuelto completamente loca.

—Ya falta poco para llegar —le indicó el taxista tras toser en repetidas ocasiones.

—Sí —Allison se inclinó hacia delante—, ¿se encuentra usted bien?

—No se preocupe, señorita, estoy bien —carraspeó y después volvió a respirar con normalidad—. La culpa la tiene el Señor Philip Morris.

—Disculpe, no le conozco.

—Yo tampoco —sonrió, la miró por el espejo retrovisor y, con la mano que tenía libre, levantó un cartón de cigarrillos donde se leía *Philip Morris*—, pero fue el hombre que inventó esto, según tengo entendido.

Allison mostró un amago de sonrisa y advirtió que se sentía más cómoda

en presencia del amistoso conductor.

—Es usted muy gracioso —apoyó la cabeza en el cristal de la ventanilla—. Debería divorciarse del Señor Morris.

—Tiene toda la razón, señorita —redujo la marcha—. Lo he intentado en varias ocasiones. Quizá pruebe la próxima vez buscándome un nuevo amante, como los parches de nicotina —empezó a frenar y, cuando Allison avistó de reojo la propiedad, sintió un vuelco en el estómago—. Ya hemos llegado.

Cuando bajó del coche, se vio envuelta en el reconfortante aroma a tierra húmeda. Sonrió. Sonrió de verdad, como no ocurría desde hacía mucho tiempo.

Tras una verja negra, cuyos picos se redondeaban formando unas hermosas flores de hierro forjado, se alzaba la majestuosa casa campestre donde se hospedaban los turistas. Allí había pasado más de quince veranos y, a pesar de que hacía años que no visitaba la propiedad, apenas había cambiado nada.

La enorme casa tenía dos plantas y el exterior estaba recubierto de piedra rústica de un color amarillento. Las ventanas, de madera antigua, parecían haber sido pintadas hacía poco tiempo, del mismo color verde oscuro e intenso que ella recordaba. Las puertas de la casa estaban abiertas de par en par, como si esperasen la llegada de una antigua amiga y la enredadera, que antaño apenas cubría una pequeña porción de la parte derecha de la fachada, ahora se alzaba hasta casi tocar el techo, formando una agradable telaraña de

enroscadas ramas, brillantes hojas y grandes flores rojas.

Varios metros más allá, se recortaba entre los altos árboles otro edificio que correspondía a las bodegas, así como al lugar donde estaban las habitaciones del servicio y, más exactamente, donde Alexandre había pasado los veranos junto a su madre.

—¿Es preciosa, eh? —el taxista cerró bruscamente el maletero del coche, despertando a Allison de su ensoñación—. ¿Se quedará aquí mucho tiempo, señorita?

Ella alzó la vista para mirarle, sin dejar de buscar en su bolso el monedero.

—Tan solo unos días.

—Se lo comento porque vivo en el pueblo, al otro lado de la colina —explicó—. Suelo acercarme a la ciudad algunos días a la semana, hasta que lleguen los turistas en verano. El trabajo va de mal en peor —negó con la cabeza y luego le tendió una tarjeta—. Si en algún momento requiere mis servicios, no dude en llamarme. Me llamo Gautier.

Ella cogió la tarjeta que el taxista le ofrecía y asintió con la cabeza.

—Encantada —sonrió, con la certeza de que necesitaría sus servicios si deseaba acercarse al pueblo en algún momento—. A mí puede llamarme Allison.

Pagó el importe que le indicó Gautier y, tras sacudirse la ropa (unos cómodos vaqueros y un suéter fino de manga larga), asió con fuerza su

maleta, dispuesta a sumergirse en los muchos recuerdos que la acecharían en cuanto traspasase la verja de la entrada.

—Muchísimas gracias por la propina, señorita Allison —montó en el taxi y sacó un brazo por la ventanilla— Espero volver a verla pronto.

—Lo mismo digo. Tenga un buen viaje.

Observó con nerviosismo cómo el vehículo se alejaba por el pedregoso camino levantando una leve polvareda y tragó saliva despacio. Le costó un mundo recorrer la distancia que le separaba de la puerta de la entrada del hotel. Cuando sus pies, al fin, entraron en la casa, notó el cambio de temperatura a causa del grosor de las paredes del edificio.

Sin dejar de mirar a su alrededor, fascinada como una cría, se acercó hasta el mostrador. Una chica rubia, que llevaba el cabello recogido en una estirada coleta, masticaba chicle mientras tecleaba en su móvil. Era joven, aproximadamente de su edad, y Allison no la reconoció. Advirtió que probablemente muchas de las personas que formaban parte del servicio cuando ella veraneaba allí, se habrían retirado o dedicado a otros oficios. Quién sabe qué habría sido de toda esa gente.

—Hola —carraspeó, intentando llamar su atención—. Busco al Señor Morriset, debía reunirme con él sobre las tres, si no me equivoco.

Sorprendiéndola, la chica de recepción hizo una bomba de chicle. Después volvió a masticar la sustancia rosa con ahínco.

—El Señor Morriset está en su despacho, en la bodega.

—Ajá —chasqueó la lengua—. Supongo que... gracias.

Ignoró la mirada curiosa de la recepcionista y se giró decidida.

Sintiéndose ligeramente desencantada, caminó hacia el otro edificio con la maleta a cuestas. Le hubiese gustado dejarla en la habitación, pero llegaba tarde, y tras conocer a la joven de recepción había desechado rápidamente la idea de pedirle que se la guardase.

En cuanto entró en la bodega, apreció la bajada de temperatura y se le puso la piel de gallina. Notó el intenso aroma a humedad y moho que bañaba la estancia.

—¿En qué puedo ayudarle? Las visitas guiadas por la bodega no empiezan hasta las cinco —le indicó una mujer de cabello cobrizo y nariz aguileña que no debía tener más de cuarenta años.

—Lo sé. Tengo una reunión con el Señor Morriset.

—Ah, ¿es usted la joven interesada en comprar la propiedad! —alzó las manos, salió tras el mostrador de madera oscura de roble y le mostró una amplia sonrisa.

—Sí, bueno, tan solo hemos mantenido una reunión telefónica...

—Los rumores vuelan por aquí —se excusó—. Me llamo Beatrice. Será mejor que se dé prisa, el otro interesado ya ha llegado —añadió, bajando la voz como si fuesen confidentes—. El pasillo recto, primera puerta a la

derecha.

Allison caminó despacio por el lugar indicado. Había dado por hecho que se reuniría a solas con el Señor Morriset, no pensó que debería conocer a la competencia y no le agradaba la idea. Suspiró hondo al posar la mano en la manivela de la puerta que conducía al despacho y, armándose de valor, giró el picaporte y entró.

A diferencia del resto de la bodega, la estancia era sumamente luminosa. Un enorme ventanal se extendía por la pared más amplia de la habitación. Dos hombres, uno de cabello blanco y otro de pelo negro azabache, ambos dándole la espalda, miraban ensimismados la enorme cosecha y los verdes campos que se vislumbraban tras el reluciente cristal.

Allison iba a decir algo, consciente de que no la habían oído entrar, pero entonces escuchó su voz. *Esa maldita voz.*

—Es realmente impresionante, Señor Morriset —el sonido, ligeramente ronco, era ciertamente inconfundible—. Tengo grandes planes para el viñedo. Le aseguro de que, si finalmente la propiedad es mía, estará en buenas manos.

La joven permaneció unos instantes pasmada, en estado de shock. Cuando logró reaccionar, se dio la vuelta rápidamente con la esperanza de poder huir de allí tan pronto como le fuese posible. Tenía la vista borrosa, y tras dar un torpe paso al frente notó que se golpeaba contra el marco de la puerta. Un

dolor agudo palpitó en su frente y, cuando sus dedos soltaron la maleta y ésta cayó al suelo produciendo un fuerte estrépito, Allison supo que su plan para escapar acababa de irse al garete. Estaba condenada.

2

Un reencuentro agridulce

Alexandre se giró alarmado cuando escuchó un golpe al otro lado de la estancia. Una mujer, que llevaba el cabello rubio recogido en un moño desenfadado, estaba frente a la puerta dándole la espalda y mantenía las manos fuertemente presionadas sobre su rostro. Se acercó a ella dando tres largas zancadas y se inclinó para situarse a su altura.

—Eh, ¿te encuentras bien?

La desconocida levantó lentamente la cabeza, dejando caer las manos torpemente a un lado y, cuando sus ojos se encontraron, Alexandre se estremeció. Entreabrió la boca, a causa de la sorpresa, y se obligó a respirar.

Sintió su cuerpo más pesado, cada músculo tensándose rápidamente. Olvidó completamente que el Señor Morriset estaba tras ellos, y una mezcla de sentimientos totalmente contradictorios le nubló la mente.

—¿Allison? —preguntó con un hilo de voz.

Ella se masajeó la frente con los dedos antes de dedicarle una mirada cargada de odio. Sus labios, sus apetecibles y perfectos labios, se fruncieron hasta formar una línea recta. No pudo evitar recorrer con la mirada su cuerpo,

ascendiendo por las esbeltas piernas y deteniéndose en su cintura antes de toparse con sus ojos. Unos ojos que no reflejaban en absoluto la inmensa dulzura que, muchos años atrás, él había encontrado en ellos.

—Señorita Allison, bienvenida —El Señor Morriset la saludó con afectación y Alexandre, sintiéndose desorientado, se hizo a un lado—. ¿Se conocen usted y el señor Lambert?

Allison dudó durante unos instantes, pero finalmente dijo:

—No, no le había visto en mi vida. —Le tendió una mano y Alexandre, sorprendido por su respuesta, tuvo que hacer un gran esfuerzo para estrechársela—. Encantada de conocerle.

Alex notó cómo su mandíbula se tensaba.

¿Qué demonios le ocurría?, ¿por qué fingía no saber quién era? Enfadado ante la actitud de la joven, se propuso apartar a un lado los recuerdos que le invadieron y seguirle el juego.

—Lo mismo digo. Puedes llamarme Alex.

Notó que la mano de ella temblaba bajo su agarre.

Con actitud airada, Allison pasó por su lado y se acomodó en una de las dos sillas que había frente al escritorio. Intentó no mirarla, aunque fue en vano. Se sentó en el hueco libre mientras el Señor Morriset extendía sus manos trémulas sobre la mesa.

Tenía el cabello blanco y las puntas, ligeramente rizadas, le rozaban las

orejas. Una nariz ancha destacaba en su rostro y, a pesar de su avanzada edad, le otorgaba un toque rudo.

—Me alegra reunirme al fin con ambos —comenzó a decir—. Debo decir que, en las últimas semanas, he recibido muchas llamadas de gente que se interesaba por la propiedad, pero, sin duda, tan solo vosotros dos habéis despertado mi curiosidad.

Ladeó la cabeza y les mostró una sonrisa sincera, antes de girarse y señalar el mueble bar.

—Perdonad mis modales, no os he ofrecido nada de beber —se levantó, sacó dos vasos de cristal y los dejó sobre la mesa antes de mirar a Alexandre—. ¿Le gusta el *whisky*?

—Sí, gracias.

Comenzó a llenar uno de los vasos con el líquido amarillento.

—Señorita Allison, ¿quiere que le pida a la recepcionista que le traiga un café?

Ella se recostó en el asiento.

—Si no le importa, me apetecería tomar *whisky*.

El Señor Morriset emitió una sonora carcajada.

—Perdone Allison, la había subestimado. Debí haberle preguntado.

Cuando el anciano se giró para servirse su propio vaso antes de guardar la botella en el mueble, Alexandre se movió en la silla y su rodilla rozó la de

Allison que, rápidamente, se apartó como si el contacto le quemase. Observó cómo ésta saboreaba el *whisky* y tragaba con facilidad. Definitivamente, no era la primera vez que bebía; de haber sido así, una mueca de disgusto hubiese cruzado su rostro. Se inclinó, para susurrarle al oído y pudo advertir que la joven se estremecía ante su proximidad.

—Verte beber *whisky* es muy sexy. —Allison tosió y él sonrió travieso—. Deberíamos quedar más tarde para tomar una copa. Quizá así podamos conocernos... mejor.

Allison tuvo que hacer un gran esfuerzo para no romper el protocolo de la reunión, porque lo que verdaderamente deseaba era saltar sobre Alex e intentar estrangularle.

—Me encantaría, pero tengo otras prioridades. Como tirarme por un barranco, por ejemplo. O pensar en mil y una maneras de acabar contigo. Quizá otro día.

Alexandre rio desenfadado y, cuando el Señor Morriset se giró, los miró a ambos con interés antes de acomodarse de nuevo en su silla y balancear el vaso de cristal con delicadeza entre sus finos dedos.

—Como les decía, ustedes han sido mis candidatos preferidos. Tengo buenas razones para querer vender el viñedo, a pesar de lo mucho que me gustaría que continuase siendo mío. Si no tienen prisa, me encantaría poder relatarles la historia completa.

—Por supuesto, Señor Morriset —se adelantó a decir Allison.

El anciano asintió satisfecho.

—Puse con mis propias manos el primer bloque alrededor del cual, más tarde, comenzó a construirse esta bodega —suspiró y miró con nostalgia el paisaje que se extendía tras el ventanal—. Era el sueño de mi vida. Mi abuelo fue propietario de un viñedo similar, pero, desgraciadamente, mi padre odiaba la idea de vivir en el medio rural. Era un hombre de ciudad, un hombre de negocios. En cuanto mi abuelo falleció, vendió la propiedad.

» Tiempo después, tras conseguir una buena fortuna trabajando en la empresa de mi padre, intenté comprar el antiguo viñedo de mi abuelo, pero, lamentablemente, no fue posible. Me propuse entonces encontrar el terreno perfecto para empezar desde cero y así fue como llegué hasta aquí. Poco a poco, con mucho esfuerzo, se comenzó a construir la bodega, a buscar trabajadores, a labrar los campos... apenas tardamos unos años en tenerlo todo en marcha. Todavía recuerdo el vino que salió de la primera cosecha. Ciertamente, no era demasiado bueno, pero a mí me sabía a gloria.

El anciano le dio un trago largo al *whisky*, casi acabándose de golpe el ambarino líquido que contenía el vaso. Después, prosiguió hablando.

» Conocí a mi mujer en el pueblo. Ella era la chica más hermosa que jamás había visto. Fue amor a primera vista y, por suerte, ese amor nos duró durante toda la vida. Construí por ella el establo. Era una apasionada de los caballos.

Margaret adoraba a los animales. Unos años después, se le ocurrió la idea de ampliar el negocio y levantar el famoso hotel que, actualmente, es una gran fuente de ingresos para el viñedo.

» Fue todo un acierto y Margaret adoraba ver a los niños correr por los campos durante el verano y disfrutando de los animales y los caballos. Y a mí, verla tan contenta, me hacía el hombre más feliz del mundo. Sin embargo, mi mujer murió hace diez años.

—Lamento mucho su pérdida, Señor Morriset —se aventuró a decir Alexandre y Allison asintió con la cabeza. El anciano les mostró una sonrisa amable.

—Como pueden ver, soy bastante viejo y, desgraciadamente, nunca pudimos tener hijos. Llegados a este punto, me veo en la obligación de vender el viñedo —aclaró—. Si no lo hago, caerá en manos de mis sobrinos el día que fallezca y, les aseguro, que eso sería una catástrofe. Mis sobrinos odian el campo y no comprenden la verdadera esencia que reside en un sitio como este —suspiró—. Prefiero venderlo, saber que está en buenas manos, y que hereden el dinero. Para mí, este lugar tiene un gran valor sentimental y lo último que me gustaría es que terminasen tirando abajo la propiedad para construir un moderno hotel o trayendo nueva maquinaria para impulsar la producción de cosecha. Mi único propósito, es que El Viñedo Morriset continúe teniendo una filosofía familiar y rural y que, el encargado de

dirigirlo disfrute con lo que hace. Sé que eso es también lo que mi querida Margaret hubiese deseado.

Un silencio tenso invadió la habitación. Tanto Allison como Alexandre mantuvieron la boca cerrada, incapaces de decir nada tras el giro que había dado la reunión. Ambos esperaban un común tira y afloja entre ofertas y contraofertas.

—El precio de la propiedad está fijado y ambos saben cuál es. —El anciano sonrió—. No venderé la propiedad al que me ofrezca más dinero, eso no es lo que realmente me interesa.

Alexandre frunció el ceño.

—¿En qué se basará, entonces?

—Mi intención es que ambos pasen un tiempo en la propiedad. Por supuesto, el alojamiento durante esas semanas será gratuito y tendrán acceso a todo el viñedo.

Allison abrió la boca, consternada.

—¿Ha dicho... *semanas*?

—Quiero ver cómo se desenvuelven, cómo tratan al servicio y qué pueden aportar a El Viñedo Morriset —dijo, ignorando la pregunta de la joven—. Yo vendré por aquí a menudo, a pesar de que, a causa de diversas dolencias, debo acudir a la ciudad varios días a la semana para ir al hospital. Tengo un gran interés por conocerlos a ambos, antes de decidirme por uno de ustedes.

El ambiente en la habitación se tornó ligeramente tenso, especialmente a causa de la frustración que se adueñó de Allison. Sin embargo, Alexandre no tenía dudas.

—Es una idea fantástica —dijo, con una seguridad desbordante como si, de algún modo, supiese que finalmente el viñedo sería suyo—. Estoy deseando instalarme en el hotel.

—Me fascina su entusiasmo, joven —el anciano asintió satisfecho y luego miró a Allison, que se había quedado muda—. ¿Qué me dice usted?

Allison se sintió expuesta ante ambos, que la miraban expectantes. Pensó en su trabajo en la biblioteca y en que apenas había pedido cinco días libres. Sin embargo, la mirada desafiante de Alexandre logró inclinar la balanza y que se desprendiese de todas sus dudas.

—¿Está disponible la habitación doce? Siempre fue mi preferida.

Sonrió con inocencia y el Señor Morriset soltó una carcajada.

—Pediré que le dejen esa habitación —los miró a ambos—. Y espero, de todo corazón, que ambos disfruten de la estancia y que la competencia sea sana y agradable. Ahora, si me disculpan, un coche me está esperando fuera. Lamento que la reunión sea corta, pero mañana debo acudir al hospital. Sin embargo, no se preocupen, tendremos tiempo de sobra para ir conociéndonos. Los acompañaré hasta la puerta.

Mantenerse lejos del chico de ojos azules

Cuando el Señor Morriset se despidió de ambos, asegurándoles que volvería en dos días, se quedaron a solas y Allison deseó que la tierra se abriese bajo sus pies y el diablo la arrastrase hacia el infierno; porque cualquier situación, sin duda, era mil veces mejor que estar frente Alexandre. Evitando mirarle y siendo consciente de que le temblaban las piernas, agarró su maleta y comenzó a caminar hacia el edificio del hotel a trompicones.

—¿A dónde crees que vas?

Alexandre la alcanzó y la retuvo sujetándola del brazo. Allison intentó zafarse, pero fue en vano. Cuanto más intentaba alejarse de él, más la presionaba Alex contra su cuerpo. Su perfectamente formado cuerpo. El hombre que la miraba enfadado era un modelo mejorado del chico de dieciocho años que ella había conocido.

Era alto, bastante más que ella. Llevaba el cabello negro corto, pero algunos mechones rebeldes se deslizaban por su frente como si hubiese ido a la peluquería pidiendo: *péiname de un modo tan perfecto que, en realidad, parezca que me acabo de levantar de la cama.* Continuaba teniendo la piel

bronceada y sus ojos eran de un azul tan intenso que Allison tuvo que apartar la mirada, incapaz de seguir buceando en el océano que se extendía tras ellos.

—¿Qué demonios te pasa, Allison? —frunció el ceño. Cada gesto le hacía parecer más malditamente atractivo—. ¿A qué ha venido eso de que no me conocías?

—Dadas las circunstancias, era lo más sincero.

Lo pensaba de verdad. Ella no conocía en absoluto a ese chico que la había traicionado, el que ella había creído conocer durante largos veranos era totalmente distinto.

—Muy graciosa. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Suéltame, Alex. —Logró desprenderse de su agarre. Dio un paso atrás, pero él volvió a acortar la distancia hasta que casi pudo sentir la calidez de su aliento—. La pregunta es, ¿por qué estás tú aquí?

Alexandre se pasó una mano por el pelo. Parecía nervioso, pero rápidamente se repuso y le mostró una sonrisa confiada.

—Creo que lo mejor será que nos pongamos al corriente. Te invito a cenar. Conozco un restaurante en el pueblo que...

—¡No puedes estar hablando en serio! ¿Sufres algún tipo de enajenación mental?

El azul de sus ojos se tornó más oscuro.

—Parece ser que sí, porque no entiendo qué te pasa —se inclinó hacia ella

con una seguridad peligrosa y envolvente—. Volvemos a vernos después de tantos años y tú...

—¿Yo, qué?, ¿qué vas a decir? —le interrumpió Allison por segunda vez, airada.

—¡Te comportas como si todavía tuvieses dieciséis años! —exclamó, perdiendo la poca paciencia que le quedaba—. ¿Cuál es tu problema?

Allison se esforzó por no llorar. Pestañeó, intentando contener las lágrimas que amenazaban con derramarse de un momento a otro.

—Menuda pregunta más estúpida. Creo que es obvio que mi problema eres tú.

Dio media vuelta y caminó hasta el hotel sin mirar atrás.

En cuanto cruzó una mirada con la recepcionista, que seguía mascando chicle, ésta supo que era recomendable que no intentase hacer otro globo en su cara o probablemente llegarían a las manos.

Temblaba cuando cogió la llave de la habitación que la chica le tendió y subió a la segunda planta sin molestarse en darle las gracias. Forcejeó con la cerradura y, cuando logró entrar, cerró la puerta con un golpe seco que resonó en el pasillo.

Se dejó caer en la cama como un peso muerto, tapándose el rostro con las manos.

Aquello no podía estar sucediendo. Definitivamente, tenía que tratarse de

una broma.

¿Cuántas probabilidades había de que el Señor Morriset les hubiese escogido a ambos como los mejores candidatos? Y, todavía más intrigante, ¿cómo podía permitirse Alexandre Lambert comprar el viñedo?

Según tenía entendido, Alex se había criado con su madre. Jamás llegó a conocer a su verdadero padre, aunque, a lo largo de los años, tuvo varios sustitutos que nunca duraban demasiado tiempo. Su madre, la señora Adelaine, trabajaba en la cocina de un instituto durante el año escolar y, cuando llegaba el verano, acudía como refuerzo al viñedo otros tres meses. De ese modo, trabajaba durante todo el año. Por ende, Alexandre la seguía allá donde fuese, y en verano ambos residían en el edificio de la bodega, en una de las habitaciones del servicio.

Sabía bien que la señora Adelaine no había amasado una gran fortuna como cocinera. ¿A qué se dedicaba Alex actualmente? Si no fuese por la herencia que sus padres le habían dejado, Allison jamás hubiese podido plantearse siquiera la idea de comprar el viñedo. A decir verdad, no habría podido costear ni la verja de la entrada con su mísero sueldo como bibliotecaria.

Se dio la vuelta en la cama, acomodó la cabeza en la almohada y observó los verdes campos a través de la ventana de la habitación. Parecía una imagen de postal. Era un lugar idílico. Sin embargo, la presencia de Alex lo

enturbiaba todo.

¿Por qué le afectaba tanto? A lo largo de su vida, había conocido a otros chicos que terminaron defraudándola, parejas que habían caído en el olvido y líos esporádicos que ni siquiera quería recordar. Pero Alexandre había sido el primero. El primero en todo. El primer amigo, el primer beso, el primer chico que le había hecho el amor...

Cerró los ojos con fuerza, sintiéndose estúpida.

Por suerte, no llegó a llorar y anotó mentalmente este hecho como un punto extra para ella. Era todo un logro teniendo en cuenta la situación.

Desesperada y con la clara proposición de buscar desahogo, sacó el móvil del bolso y llamó a Emma, la única de su grupo de amigas a la que apreciaba verdaderamente. Más que eso, la adoraba. Se habían conocido en la universidad y poco a poco, casi a cuentagotas, Allison fue confiando en ella hasta que ambas terminaron sabiéndolo todo la una de la otra.

—¿Has llegado?, ¿estás en el viñedo?, ¿te has vuelto loca ya? —farfulló Emma en cuanto descolgó el teléfono.

—No, todavía no, pero me falta poco —le aseguró, al tiempo que abría las ventanas que daban al balcón de la habitación. Agradeció el viento que se coló en la estancia y sacudió su rostro—. No vas a creer quién está aquí.

—¿Papá Noel? —bromeó.

—Ojalá —gimió—. Es Alex. Por imposible que parezca, es él.

—¿Alex?, ¿el analfabeto que no sabía lo que era un maldito bolígrafo y un jodido papel?

—Sí.

Emma guardó silencio al otro lado de la línea antes de volver a hablar.

—¡Joder! —exclamó y luego su voz se suavizó —¿Estás bien, Allison?

Se mordió el labio inferior.

—¿Tú qué crees? No, no estoy bien. Cuando he oído su voz en el despacho... ¡he estado a punto de salir huyendo! Preferiría no haberle visto, incluso aunque eso supusiese no comprar el viñedo.

—Vamos, Allison, no será para tanto —comentó, intentando sonar alegre—. ¿Qué edad tiene ahora?, ¿veintiocho? Seguro que le ha salido barriga y tiene coronilla...

—Desgraciadamente... no —admitió—. Es más, está mejor. Es como si hubiese hecho un maldito pacto con el diablo —cerró de nuevo las ventanas de la habitación, incapaz de mantenerse quieta—. Y, además, se comporta como si nunca hubiese ocurrido nada entre nosotros y todavía fuésemos viejos amigos.

Emma tosió antes de hablar, procurando suavizar su respuesta.

—Han pasado muchos años, Allison. Entiendo que para ti fue... fue importante, pero, seamos sinceras, es un tío, dudo siquiera que recuerde los detalles —dijo—. Quizá deberías actuar como él, seguirle el juego.

Allison quiso esconderse bajo las mantas y dejarse atrapar por los brazos de Morfeo para no pensar en nada más. Sabía que Emma tenía razón, no era tan estúpida como para convencerse de lo contrario. Por aquel entonces eran unos críos y para Alex solo había sido un mero entretenimiento pasajero. Seguir cabreada por algo que ocurrió hacía una década le hacía parecer patética.

—Creo que tienes razón, Emma —suspiró dramáticamente—. Intentaré que no me saque de mis casillas. Quiero disfrutar de la estancia, llevaba años deseando regresar.

—Eso es exactamente lo que quería oír —concluyó su amiga, sintiéndose satisfecha.

Cuando Allison despertó, advirtió que llevaba durmiendo más de catorce horas seguidas. El cambio de horario le había descolocado. Observó el amanecer tumbada en la cama, sintiéndose extrañamente feliz. Al bajar a desayunar al pequeño comedor del hotel, saludó a todo el mundo derrochando simpatía, incluyendo a la recepcionista, y se acomodó en la mesa más cercana al ventanal.

—Tenemos tostadas, café, zumo de naranja natural, zumo de piña... —comenzó a decir una de las camareras. La mujer, de mediana edad, parecía

realmente agradable.

—Tomaré café con leche y tostadas con mermelada. Muchas gracias.

Probó el humeante café en cuanto la camarera lo dejó sobre su mesa. Estaba realmente delicioso. Se dijo que, si lograba comprar la propiedad, debía seguir adquiriendo el mismo café.

Acababa de comenzar a untar con mantequilla una de las crujientes tostadas, cuando advirtió que Alex entraba en el comedor. Llevaba el cabello mojado, recién salido de la ducha, y vestía unos vaqueros desgastados y una camiseta negra. Intentando apaciguar las ganas de gritarle mil improperios, alzó una mano y le saludó mostrándole una tensa sonrisa. Él pareció sorprenderse, pero su gesto de asombro fue tan fugaz, que Allison se preguntó si se lo habría imaginado.

Se sentó perezosamente en la mesa, frente a ella, y las comisuras de sus labios se curvaron hacia arriba.

—Veo que has descansado. Te hacía falta —se recostó hacia atrás, apoyándose en el respaldo de la silla sin dejar de mirarla. Estiró tanto las piernas que llegó a rozar las suyas.

—Sí. Me encuentro mucho mejor. Cosas del *jet lag*, ya sabes —le dio un bocado a la tostada. El pan estaba exactamente en su punto—. ¿Y tú?, ¿has dormido bien?

La sonrisa de Alex se tornó más amplia y Allison podría haber jurado que

los ojos de él se posaron durante una corta fracción de segundo en su escote, antes de volver a mirarle a la cara. *Jodido cerdo.*

—Sí, he dormido perfectamente. Este lugar me trae recuerdos muy agradables.

Allison se preguntó en qué momento Alexandre había dejado atrás cualquier atisbo de dulzura —que ella creyó haber visto cuando era más joven—, para convertirse en un completo seductor especializado en sonrisas y miradas que quitaban la respiración.

No le resultó difícil recomponerse y volverse alérgica a sus encantos. Era tan sencillo como recordar la cantidad de noches que había llorado en su habitación esperando una carta de ese imbécil. Respiró hondo y se obligó a no pensar en lo que ocurrió meses después, aquel suceso que terminó cambiando su vida para siempre.

—¿Por qué estás aquí, Ali? —preguntó él ladeando la cabeza.

Le sorprendió con qué facilidad utilizaba el diminutivo de su nombre. Aparte de él, tan solo otra persona la llamaba así. Su madre. Hacía años que nadie se refería a ella como *Ali*.

—Es obvio. Quiero comprar el viñedo, dejarlo todo atrás y mudarme aquí —se sacudió las migas de pan que habían caído sobre sus vaqueros—. Ya sabes, por los recuerdos agradables.

Alex la evaluó con un deje de diversión.

—¿Y cómo piensas pagarlo? —se cruzó de brazos con suficiencia—. ¿A qué te dedicas?

—No creo que eso sea asunto tuyo.

—Está bien —le dio un sorbo al café que había pedido en cuanto la camarera lo depositó frente a él—. Veo que te has vuelto muy misteriosa...

Allison, intentando apaciguar el nerviosismo que le producía su simple presencia, se apartó el cabello de la cara.

—¿Y tú en qué trabajas?

Alexandre tardó en hablar, como si estuviese meditando su respuesta, aunque en realidad tan solo estaba ensimismado observando a la chica que se sentaba frente a él, mirándole con curiosidad. Quiso preguntarle por qué nunca le había perdonado, su *desliz* tampoco había sido tan terrible, pero no estaba seguro de que ella quisiese hablar del tema.

—Monté una tienda de deportes de riesgo con un socio. La idea funcionó, ni siquiera nosotros esperábamos el éxito que tuvo. Ahora es una franquicia.

—Interesante... —Allison asintió.

—No demasiado, la verdad. Pero da dinero y soy mi propio jefe, así que no puedo quejarme —jugueteó distraído con la cucharita del café balanceándola entre sus dedos, que eran largos y masculinos—. Háblame de ti, Ali.

Ella exhaló despacio.

—¿Qué quieres saber?

—Cualquier cosa. Lo que sea.

La miró fijamente y Allison sintió que le ardían las mejillas.

—El año pasado me rompí un diente. Me levanté a mitad de noche para beber agua, tropecé con la mesita de noche, me caí y pum, se partió —Alex parpadeó confundido cuando Allison le señaló un colmillo visiblemente reconstruido—. Supongo que son cosas que pasan.

Finalmente, Alexandre prorrumpió en una sonora carcajada y ella se relajó al escuchar su vibrante risa. No tenía lógica haberle contado aquello, pero era lo primero que le había venido a la cabeza tras observar su perfecta dentadura, ¿por qué él no se había partido ningún diente? La vida era injusta; tenía una sonrisa malditamente perfecta.

—Te he echado de menos, Ali —susurró y, tras unos instantes tensos, añadió—. ¿Qué tienes planeado hacer hoy?

—Nada especial. Pasear entre las viñas, conocer al personal, visitar la bodega quizá...

Alex apoyó sus firmes y bronceados brazos sobre la mesa y se inclinó hacia ella.

—¿Qué te parecería pasar el rato en los establos?, ¿todavía odias montar a caballo?

Allison frunció el ceño.

—Sí.

—Prometo enseñarte.

—No es la primera vez que prometes eso...

Allison dejó la frase a medias, incapaz de seguir hablando del pasado. Pero era cierto, cuando eran pequeños Alexandre siempre intentaba convencerla para ir a los establos.

—Esta vez va en serio —le aseguró, haciendo chirriar la silla cuando se puso en pie—. Empezaremos poco a poco. Confía en mí.

Le dieron ganas de lanzarle la taza de café. *Confía en mí*, ¿de verdad?, ¿cómo se atrevía a pedirle aquello después de todo? Sin embargo, tras recordar la conversación que había mantenido con Emma la noche anterior, se levantó y asintió con la cabeza.

Sí, aquella actitud era la correcta.

Éramos unos niños, no tuvo importancia, se repitió mientras caminaban hacia los establos.

4

Dos palabras: jet lag

El establo era una caseta de madera de forma rectangular, cobijada bajo un techo a dos aguas. Había una zona cerrada, en el extremo más alejado, y una fila abierta con varios compartimentos donde habitualmente descansaban los caballos. Sin embargo, cuando llegaron tan solo había dos ejemplares dentro; los demás se encontraban dentro de una cerca, donde la hierba crecía salvaje bajo sus herraduras.

Alexandre se acercó a los dos ejemplares y ella le siguió. Uno era marrón y le faltaban trozos de pelo, seguramente a causa de algún tipo de enfermedad. El otro, completamente negro, no parecía sufrir ningún tipo de dolencia.

Allison alzó la mano, dispuesta a acariciarle y dejar atrás su miedo a los caballos.

—Hola, bonito —susurró, temblorosa.

Alex atrapó su mano con firmeza antes de que pudiese rozar la cabeza del caballo y éste se agitó descontrolado. Dio un paso atrás, asustada.

—No lo toques, Ali. Está aquí porque todavía no lo han domado.

Bajó la mirada hasta sus manos entrelazadas, como si no recordase por qué

la había cogido, y la soltó bruscamente. Distanciándose de ella, se hizo a un lado y señaló la cerca.

—Mira, ahí está Frank, ¿le recuerdas?

Sonrió, más animada. ¿Cómo iba a olvidarle? Era agradable descubrir que todavía trabajaban en el viñedo algunas de las personas que la habían visto crecer. Frank solía cabrearse con Alexandre a menudo, cuando éste era un crío, ya que decía que acaparaba a los caballos para sí solo e impedía que los turistas disfrutasen de ellos. En realidad, Frank le adoraba; ambos les profesaban amor incondicional a esos animales.

El hombre, que estaba visiblemente más envejecido a pesar de que se mantenía en forma, se colocó una mano bajo la frente cuando los vio llegar, intentando distinguir sus siluetas bajo el reluciente sol de la mañana. Apenas les separaban unos metros de distancia, cuando les sonrió y tiró a un lado las cuerdas que sostenía en las manos.

—¡No me lo puedo creer!, ¡así que es cierto! Sois vosotros, habéis vuelto—exclamó, conteniendo la emoción de volver a verlos—. Cuando me lo comentó Beatrice, pensé que era otro de sus rumores.

Allison advirtió que a Alex le brillaban los ojos.

—Diría que estás igual que siempre, pero mentiría.

Frank emitió una sonora carcajada.

—¡Ven aquí, granuja! —le estrechó entre sus brazos, al tiempo que le

palmeaba la espalda. Cuando se separaron, permanecieron en silencio unos instantes, mirándose el uno al otro hasta que, finalmente, Frank centró su atención en Allison.

—¿Ella es...? —miró a Alex de reojo.

—Sí, la misma.

—Me alegra volver a verle, Frank —aseguró Allison.

Se sintió inquieta cuando advirtió la extraña mirada que ambos intercambiaban. Después, los dos se comportaron con naturalidad y Alexandre le ayudó a cargar un grueso manojó de cuerdas hasta el establo.

—Necesito un caballo dócil —le explicó a Frank mientras caminaban.

—¿Qué estás tramando, chico?

Los ojos de Alex recorrieron ávidos la silueta de Allison y ella continuó caminando, fingiendo que no darse cuenta de cómo la miraba. Y debía reconocerlo: no se conseguía una mirada así todos los días. Alexandre la observaba de un modo sumamente extraño y contradictorio, alternando la ternura y una ira contenida que ella no lograba comprender.

—Quiero enseñarle a montar —Frank frunció el ceño—. Otra vez. Y será mi último intento, lo prometo.

—Chico, déjate de promesas que nos conocemos.

<<Ahí le has dado>>, pensó Allison y, por alguna razón, no se sintió enfadada, sino que le dieron ganas de reír.

Cuando llegaron al establo, dejaron las cuerdas junto a otras muchas herramientas, en el cuartito trasero. Frank se giró, paseó su mirada por el inocente rostro de la joven y después fijó sus ojos en Alexandre.

—Utiliza el caballo blanco más pequeño —dijo finalmente, al tiempo que se quitaba el sombrero que llevaba y lo dejaba sobre una percha—. Pero que conste que solo os lo permito porque cualquiera de los dos podría ser mi futuro jefe —les señaló a ambos, divertido—. Y me queda poco para la jubilación.

Allison se removió inquieta. No estaba segura de que montar a caballo fuese una buena idea. Le acechaban los malos recuerdos; cuando era pequeña se había caído durante dos años consecutivos de un ejemplar, lo cual había contribuido a su ya previa fobia hacia esos animales. Se rascó el brazo con ahínco, cosa que siempre hacía cuando se ponía sumamente nerviosa.

—Yo tengo que trabajar con el negro. Lo trajeron hace un par de semanas, es muy inestable —se excusó Frank—. Te dejo por tu cuenta, pero ve con cuidado. Coge lo que necesites —concluyó, antes de marcharse, señalando el cuartito repleto de trastos; Allison no entendía para que servían la mayoría de esas herramientas.

Alexandre cogió una montura, la embocadura y una brida con filete.

Cuando volvieron a la cerca donde pastaban la mayoría de los caballos, le pidió que esperase fuera.

Contempló ensimismada cómo Alex se acercaba con confianza al pequeño caballo blanco que Frank le había recomendado. Tenía un andar despreocupado, pero firme. Alzó una mano y acarició con delicadeza la cabeza del animal, su gesto pareció apaciguarle y él sonrió de un modo encantador.

Allison sacudió la cabeza, molesta por mirarle absorta como una lela. Cuando Alex terminó de colocarle al caballo la montura, lo guio fuera de la cerca, sujetándole las riendas. Miró a la joven con los ojos entrecerrados, a causa del intenso sol matinal que comenzaba a ser sofocante.

—Empezaremos a un nivel muy básico. Ven Ali, acércate —le pidió—. Ahora acarícialo despacio el lomo. Tranquila, es manso, no te hará nada.

Casi temblando y evitando cruzarse con los saltones ojos del animal, deslizó una mano por el pelaje. Se sorprendió al descubrir que no era tan suave como parecía, sino un poco áspero, aunque agradable. Poco a poco, el corazón dejó de latirle a un ritmo atropellado.

Se mantuvieron en silencio durante unos minutos, al tiempo que Allison continuaba tocando al caballo. Era muy consciente de la presencia de Alex a su lado —demasiado consciente, a decir verdad—; escuchaba su respiración pausada y su proximidad alteraba todos sus sentidos.

Sacando a flote la poca voluntad que le quedaba, se hizo a un lado despacio, intentando no asustar al animal.

—¿Esto es todo?, ¿no vas a obligarme a montar?

—No —Alex estiró las riendas del caballo y éste se giró hacia él—. Quiero que te acostumbres a él, que confiéis el uno en el otro.

—Suenas muy romántico —farfulló Allison con ironía.

—Lo digo en serio, es importante —comenzó a caminar sin soltar las riendas del animal—. Caminemos un rato, vamos a ver cómo están las viñas.

Anduvieron en silencio, con el caballo tras ellos, hasta internarse en los campos. Había algunos trabajadores a lo lejos, pero Allison no pudo reconocer a ninguno de ellos.

La tierra tenía un color rojizo y las viñas estaban perfectamente alineadas en fila. Eran de un tamaño considerable; los troncos —que parecían envejecidos— se enroscaban formando sinuosas formas hasta llegar al extremo superior, donde se producía una explosión de color. Las frondosas hojas se removían al son del cálido viento y, entre ellas, se avistaban algunos racimos de uva, formados por redondeados gajos morados.

Apenas se escuchaba nada, a excepción del pausado galopar del caballo. Allison comprendió entonces que el silencio no siempre era agradable; la regla se rompía si Alexandre estaba cerca. Hubiese hecho falta una estampida de elefantes quebrar la tensión que se cernía entre ellos. Fijó la vista en el polvoriento camino, incapaz de disfrutar del paseo.

—Ali... —comenzó a decir Alex, sin mirarla y con voz ronca—. Respecto

a lo que pasó, creo que deberíamos charlar sobre ello e intentar...

—No sé de qué estás hablando —le cortó.

Sus ojos azules, más brillantes de lo habitual bajo la luz del sol, se clavaron en ella.

Definitivamente, el incómodo silencio era mucho mejor que abordar *esa* conversación.

—Entonces, ¿a qué vino la actitud de ayer?

Alex dio dos largas zancadas hasta situarse tras ella y soltó las riendas del caballo que, ajeno a todo, comenzó a mordisquear algunas malas hierbas que crecían en los bordes del camino. Se tensó cuando las grandes manos de él se posaron en sus hombros. Y no fue a modo de caricia, más bien pretendía sujetarla e impedir que huyese de él. *Chico listo*, pensó, porque largarse de allí corriendo era exactamente lo que deseaba hacer.

—Dos palabras: jet lag. Ya te lo he dicho esta mañana.

Alexandre sonrió travieso. Ella conocía bien ese gesto y no auguraba nada bueno.

—Vale, entonces todo está bien entre nosotros

—Claro, todo está genial —fingió ella forzada.

—¿Eso significa que volvemos a ser amigos?

—Sí, amigos. Por supuesto. —Si hubiese estado conectada a un detector de mentiras probablemente la maquina hubiese explotado en ese mismo instante.

—No pareces demasiado convencida.

—Pues sí que lo estoy —insistió ella.

Un brillo de diversión cruzó los ojos de Alex.

—Pero entonces... —Su mano abandonó el hombro de Allison y descendió despacio por su brazo. Sintió un escalofrío mientras él se inclinaba hacia ella y rompía la escasa distancia que les separaba—. Supongo que deberíamos retomarlo donde nos quedamos.

Empezó a ponerse nerviosa. Muy nerviosa.

—¿Qué intentas decir con eso, Alex?

—Intento decir que la última vez que nos vimos éramos amigos, pero de esos con ciertos derechos —susurró tan cerca de sus labios que ella casi rememoró su sabor, aunque no llegasen a tocarse. Allison sintió su cuerpo tensarse ante la proximidad del peligro cuando una explosión de calor la inundó súbitamente y notó un hormigueo en la piel.

Ella apoyó las manos en su pecho para frenarlo.

Lo miró directamente a los ojos, con firmeza.

—La última vez que nos vimos, Alex, tenía dieciséis años. Y al parecer, por aquel entonces, era lo suficiente tonta como para caer rendida ante los encantos de un paleta de pueblo como tú. Por suerte, la experiencia me abrió los ojos.

Allison se zafó de sus brazos y dio un paso atrás.

—Así que un paleta de pueblo... —susurró Alex.

—Eso he dicho, sí. Fue un amor de verano.

—Ya. Supongo que ahora hemos madurado.

—Eso era lo que intentaba decir —dijo ella.

—Así que, ¿somos amigos? —preguntó él.

—Para ser exactos, somos rivales —le recordó Allison—. Los dos queremos comprar este lugar, ¿recuerdas? —Miró a su alrededor, contemplando el campo abierto.

—Sí, aunque es evidente que uno de los dos pierde el tiempo.

—Imagino que hablas por ti —replicó ella cruzándose de brazos.

—Tan divertida como recordaba —resopló Alexandre.

—Creo que debería volver a la casa, tengo cosas que hacer.

—¿Me dejas solo? —Fingió sentirse apenado por la noticia.

—Te dejo con el caballo, el único capaz de aguantarte.

Suspiró hondo mientras él se reía y se alejó caminando por el polvoriento camino con sus carcajadas aún de fondo. Estaba temblando de los pies a la cabeza. Puede que, a los ojos del mundo, hubiese parecido una conversación más, pero no lo era. Ella era incapaz de ignorar la tensión que fluía alrededor de ellos cada vez que estaban cerca. *Fue un amor de verano*, le había dicho, cuando las palabras sonaban tan falsas que ninguna persona con dos dedos de frente la hubiese creído. Había estado loca por él y no solo desde aquel

verano, sino desde siempre. Ya cuando era una niña pequeña lo perseguía a todas horas, embobada por esos ojos azules y esa sonrisa tan sincera que Alexandre dejaba escapar cuando se relajaba. Y para coronar su patética actuación lo había llamado *paleto de pueblo* a pesar de que sabía que aquello le dolería, porque él provenía de un entorno humilde del que solo formaba parte su madre y ella sabía que su mayor sueño cuando era joven había sido lograr ser algo más y cambiar ese destino que parecía escrito para él.

Así que se sentía culpable por decirle aquello...

Pero es que seguía notando un dolor lacerante cada vez que recordaba que le había entregado su inocencia sin dudar, su confianza, incluso aquel anillo de la familia y él... lo había tirado todo a la basura. Nunca le escribió, nunca volvió a dar señales de vida. Para Alex había sido una muesca más en el cabecero de su cama, mientras que para ella él había sido el primero en todo, su gran amor y no solo de verano, sino de su vida.

Y aunque sabía que Emma tenía razón y que debería dejar de comportarse como una niña después de esos diez largos años que habían pasado, no podía controlar aquellos sentimientos. No después de todo lo que había sufrido y lo había necesitado a su lado, ya no como algo más, tan solo como el amigo que había sido hasta aquella amarga despedida.

Alex, por el contrario, más que cabreado se sentía confuso.

No entendía a Allison. Su actitud lo desconcertaba.

Sabía que siempre había sido una chica orgullosa y, cuando era joven, le había encantado eso de ella. Era de las que se cruzaban de brazos y se ponían de morros cuando se enfadaban. Pero siempre había sido justa. Y, a pesar de su desliz inicial, no entendía que se lo hubiese tomado tan a pecho. Tampoco se entendía a él mismo que, tras tantos años, ya debería haber superado aquel amor de la adolescencia. Sin embargo, cuando la tenía cerca volvía a sentirse lleno de energía y el corazón le latía con fuerza, con intensidad.

Pensó en ello horas después cuando dejó al caballo en el establo tras un corto paseo y regresó a su habitación. Suspiro hondo, tumbado en la cama. Cuando se había inclinado hacia ella en medio de los viñedos, bajo el sol azul de la mañana, había estado a un paso de besarla. ¿En qué estaba pensando? No lo sabía. Pero si Allison no lo hubiese parado apoyando las manos en su pecho, sabía que él hubiese acortado la escasa distancia que los separaba. Podía notar su olor femenino, su respiración agitada y suave... y era deliciosa.

Ella siempre había despertado aquel deseo en él.

Ella siempre había sido su gran debilidad.

Ella. Siempre, siempre ella. Allison.

A lo largo de su vida había conocido a muchas otras mujeres y se había

sentido atraído por ellas, pero ese impulso casi primitivo y desesperado solo aparecía con Allison. No solo la deseaba, sino que le hacía sentir una ternura con la que estaba poco familiarizado. Años atrás había sido dulce e inocente y Alexandre se hubiese enfrentado a quien fuese necesario con tal de protegerla y hacerla feliz. Y cuando sonreía, cuando mostraba esa enorme sonrisa llena de vida, él sentía que el mundo se derrumbaba a su alrededor. Durante sus diez años de ausencia, jamás había vuelto a toparse con una sonrisa que hiciese justicia a la de Allison.

Eso teniendo en cuenta que él también tenía sus razones para estar cabreado con ella. Puede que hubiese sido el primero en equivocarse, pero la respuesta de Allison fue aún peor (o eso creía él). Y a pesar de aquello, era incapaz de guardarle rencor. Le bastaba perderse en sus cálidos ojos castaños para olvidar de un plumazo cualquier resquicio de dolor que pudiese quedar en su interior. Aunque lo hubiese llamado *paleto de pueblo*.

Sonrió al recordar aquel momento y la furia que contenía su mirada. Había llegado allí dispuesto a comprar El Viñedo Morrison para encontrarse con una parte de su pasado, la más feliz que podía recordar, y al final se había encontrado con mucho más; para empezar, con un problema llamado Allison que aún no sabía cómo solucionar.

5

Juego sucio

Tras una reconfortante ducha, Allison bajó las escaleras, deseosa por volver a deleitar el sabroso desayuno del hotel. Tras lo ocurrido en la viña, no había vuelto a toparse con Alexandre durante los siguientes dos días. Le había visto a lo lejos, en los establos, entrando al edificio de la bodega o conversando con algunos turistas y trabajadores, pero ninguno de los dos había hecho el amago de acercarse al otro.

Era mejor así.

Por mucho que los dos hubiesen dicho aquello de *volver a ser amigos*, ella sabía que no era cierto. O al menos por su parte no se trataba de una afirmación sincera. Principalmente porque cuando Alex estaba cerca de ella solo podía pensar en dos cosas: en lo guapo que era y en que quería huir de él cuanto antes. La primera dificultaba las cosas, la segunda hacía que lo de *la amistad* no tuviese demasiado sentido. Por mucho que fingiesen intentarlo, arrastraban un pasado en común. Él parecía haberlo olvidado, claro. Pero en el caso de Allison no era tan fácil, porque los sentimientos lo complicaban todo.

Y no caería otra vez en la misma trampa.

Al pasar por recepción, la joven rubia salió tras la robusta mesa de madera y se interpuso en su camino, apoyando una mano en su hombro y mostrándose sonriente.

—Creo que no nos hemos presentado todavía. Pasas tan rápido por aquí todas las mañanas... —dijo, el aliento le olía a fresa y Allison se preguntó cuántos paquetes de chicle se fundiría en un solo día—. Me llamo Cécile.

—Encantada, yo soy...

—... Allison, lo sé —su amplia sonrisa le recordó a la mítica *Julia Roberts*—. Estoy al tanto de por qué estás aquí. Y también el señor Lambert, por supuesto.

Allison se apiadó de ella y correspondió su sonrisa.

En el fondo, no parecía ser mala chica, la verdad.

—¿Tienes planes para esta noche? El señor Lambert nos ha invitado a algunos trabajadores a cenar en un restaurante cercano. Quizá quieras unírte.

—Allison la miró confundida—. Hemos cambiado turnos para evitar problemas en el servicio del hotel.

¿Alex había quedado a cenar con varios trabajadores?, ¿intentaba ganarse así su aprobación y tener una baza a su favor? ¡El muy cretino! Allison sacudió la cabeza, incrédula. Se había sentido tan sensible y desorientada tras verlo de nuevo, que casi había olvidado que ambos

competían por la propiedad y que, por lo visto, él parecía más que dispuesto a ganar esa batalla.

—Gracias por la invitación, Cécile. Lo pensaré.

Buscó con la mirada al idiota que estaba poniendo su vida patas arriba y lo encontró sentado en una de las mesas del fondo junto a Beatrice (la mujer que se encargaba de las visitas turísticas en la bodega), riendo tontamente y haciendo uso de todo su encanto.

No dudó cuando cogió una silla y se acomodó junto a ellos, en la misma mesa. Beatrice le dirigió una extraña mirada, como si con su presencia estuviese interrumpiendo algo. Se quedó unos instantes en silencio y no apartó la mirada cuando los ojos de Alexandre la recorrieron de arriba abajo sin molestarse en disimular. Después, le sonrió burlón.

—Me he enterado de que has organizado una cena esta noche.

—Sí. —Se recostó sobre el asiento, dispuesto a disfrutar del momento.

Allison suspiró, armándose de paciencia, y le pidió a Beatrice si podía dejarles un momento a solas. Por suerte, ella se marchó encantada tras advertir la tensión creciente.

—¿No pensabas decírmelo? —espetó enfadada.

—La verdad es que no. ¿Esperabas que lo hiciese?

—¡Claro que sí! Estás jugando sucio, Alex. ¿Pretendes caerles bien a todos los empleados para que el señor Morriset lo tenga en cuenta? No me lo puedo

creer.

La sonrisa que se había adueñado del rostro de él desapareció de repente. Se inclinó sobre la mesa y ella se estremeció ante su cercanía y la calidez de su aliento.

—Allison, ¿eres consciente de que esto es un negocio?

—Sí, pero pensaba que se trataba de hacer buenas propuestas, de explicarle al señor Morriset qué pensábamos hacer en el futuro, cuáles eran nuestros planes o qué ideas podíamos aportar. No sabía que esto iba sobre *popularidad* o algo así.

—Sigues siendo una niña demasiado inocente.

—Y tú un imbécil de los grandes —replicó.

Alex suspiró y habló casi en susurros después:

—Oye, e intentado ir a buenas, pero me lo has puesto difícil. La mitad del tiempo ni siquiera consigo entenderte. Este viñedo es importante para mí y, por si no te has dado cuenta, llevas dos días sin dirigirme la palabra, Allison.

Bien. Al menos ya no la llamaba *Ali*. Era un comienzo.

—¿Qué esperabas? Y, además, tú tampoco me has hablado.

Alex entrecerró los ojos y ella se hundió en la profundidad de aquellas pupilas azules. Ojalá Emma hubiese tenido razón y tras esos diez años se lo hubiese encontrado gordo y medio calvo o con algún tipo de verruga en la nariz, lo que fuese. Pero no.

—¿Querías que te hablase? Porque a veces tengo la impresión de que, si lo hago, te vas a lanzar sobre mí y vas a intentar acabar conmigo con el cuchillo de la mantequilla.

—Admito que se me ha pasado por la cabeza —contestó.

Él sonrió y, al ver el bonito gesto, ella se encogió en su asiento. No soportaba esos instantes punzantes en los que volvía a sentirse como esa niña de dieciséis años que bromeaba con su mejor amigo, aquel con el que se reencontraba todos los veranos. Estar en aquel comedor en el que habían compartido tantos momentos, no ayudaba en absoluto. Allison recordaba aquella tarde de agosto en la que los dos se habían escabullido por debajo de las mesas entre risas, o esas otras veces en las que él se comía todos los pimientos de su plato cuando sus padres no miraban, tan solo porque ella los odiaba.

—¿En qué estás pensando, *Ali*? —La miró con interés.

—En nada. Y deja de llamarme así, por favor.

—Será por la costumbre. —Suspiró hondo.

—Entonces, una cena —retomó el tema ella.

—¿Estás intentando que te invite?

—No, ya lo ha hecho Cécile. Gracias.

—¿Y qué quieres exactamente?

—Tan solo recordarte que esto es juego sucio, nada más —dijo mientras se

ponía en pie y se cruzaba de brazos—. Y algún día, cuando todo esto sea mío —añadió señalando el techo de la propiedad—, te arrepentirás por no haber fracasado al menos con la cabeza alta.

Alex sonrió. Le encantaba verla así, tan orgullosa.

—Vale. Estoy dispuesto a correr el riesgo.

Ella le dirigió una última mirada airada antes de marcharse.

Al caer la noche y tras hablar durante casi una hora con Emma, su mejor amiga, decidió que lo más inteligente era aceptar la invitación de Cécile y acudir a la cena como una más. La chica, además, fue muy amable cuando bajó para comentárselo y le aseguró que ambas podían ir en su coche. Su turno como recepcionista era uno de los últimos en acabar, así que acudirían directas a la cena, llegando algo más tarde que los demás invitados.

Se puso un vestido negro, ajustado, cuyo corte terminaba por encima de la rodilla y se dejó el largo cabello rubio suelto. Lo ahuecó con los dedos mientras se miraba en el espejo de la habitación y le dio un aspecto desenfadado. Cuando estuvo lista, se reunió con Cécile en recepción y ambas se dirigieron en el coche hacia la casa de la joven, que vivía en el pueblo, para que pudiese cambiarse de ropa antes de ir a la cena.

—¿Llevas muchos años trabajado en el viñedo?

—No, tan solo cuatro meses. —Se mordió el labio con nerviosismo—. No estarás pensando en despedirme, ¿verdad? Porque necesito el dinero...

Se giró en el asiento mirándola con el ceño fruncido.

—¿Por qué piensas eso? —preguntó sorprendida.

—No sé, corren rumores. La gente está nerviosa con tantos cambios. Algunos trabajadores tienen miedo de que el nuevo propietario quiera hacer una reestructuración.

—No te preocupes. Yo jamás haría algo así y el viñedo funciona perfectamente tal como está. Tampoco sería algo propio de Alex, te lo aseguro —reconoció muy a su pesar porque, puede que fuese un imbécil de primera como novio o como amigo, pero ella sabía que, pese a todo, no era una mala persona y nunca despediría a nadie sin razón.

Cécile soltó una mano del volante y se la llevó al pecho antes de emitir un suspiro de alivio. Después se rio con nerviosismo y sacudió al cabeza de lado a lado.

—No sabes cuánto me alegra oír eso. Tengo un hijo y la verdad es que no hay mucho trabajo por los alrededores. Tuve suerte de que el señor Morriset me diese este puesto, ya estaba a punto de mudarme a la ciudad en busca de alguna oportunidad.

Allison la evaluó, mirándola de arriba abajo. Era una chica guapa y joven, posiblemente incluso tendría uno o dos años menos que ella. Tras verla mascar chicle durante todas las mañanas tras el mostrador con esa actitud tan despreocupada, no se le había pasado por la cabeza la posibilidad de que

tuviese un hijo. Quizá la había prejuzgado.

—Imagino que fuiste madre muy joven —comentó.

—Sí y, por si te lo estás preguntando, no tengo pareja —prosiguió Cécile con la vista fija en el espejo retrovisor—. El padre del niño no quiso hacerse cargo y tuve una época difícil, pero, a pesar de todo, Daniel ha sido lo mejor que me ha pasado en la vida.

Allison se quedó callada al escuchar todo aquello. Era cierto. Había muchas situaciones cotidianas y difíciles. Le sorprendía que se mostrase tan abierta a la primera de cambio. A ella, por el contrario, le costaba un mundo relatar vivencias de su pasado.

—Debió ser duro para ti. ¿Qué edad tiene Daniel?

La mirada de Cécile se iluminó de inmediato.

—El mes que viene cumplirá dos años. Es adorable, aunque también muy travieso. Algún fin de semana viene al viñedo y está con Frank y los caballos, ya lo conocerás. Por suerte, el resto del tiempo, mis padres me ayudan a cuidarle y se hacen cargo de él.

—Deberían darte un turno de mañana que fuese intensivo. Haces demasiadas paradas a lo largo del día y sales muy tarde —meditó Allison.

—Lo sé, pero lo que tengo ahora es mejor que nada.

Mientras esperaba en el comedor de Cécile, siguió pensando en ello y se prometió a sí misma que si lograba comprar el viñedo cambiaría los turnos. A

decir verdad, durante los últimos días ya había advertido que los horarios de los trabajadores eran demasiado *dispersos*. Por ejemplo, Frank hacía más de cuatro paradas, lo cual era excesivo; le parecía más práctico agrupar los descansos, disminuirlos y que, de ese modo acabase antes.

—Estoy lista, ¿nos vamos? —preguntó Cécile, dando una vuelta frente a ella para enseñarle el ceñido vestido rojo desde todos los ángulos—. Hace meses que no salgo, ¡me muero de ganas! Aunque esto sea una cena de empresa pienso divertirme.

—Estás espectacular. Y yo también llevo mucho sin salir.

—¡Pues le pondremos remedio hoy mismo!

Allison sonrió mientras la seguía y, en efecto, se dio cuenta de que hacía mucho tiempo que no se arreglaba para salir. Su vida consistía en ir del trabajo en la biblioteca a casa y de casa al trabajo. A veces los meses pasaban y ella no se daba ni cuenta, como si viviese siendo un autómata. De vez en cuando, Emma conseguía convencerla para que la acompañase a algún local de moda de la ciudad, pero rara vez se sentía a gusto, sobre todo en los últimos tiempos. Al principio, admitía que se había divertido conociendo a chicos, bailando o teniendo algún que otro lío esporádico que nunca terminaba en nada serio, pero una vez rota la novedad había empezado a aburrirse como una ostra y entonces se relajó demasiado y se aferró a la comodidad de quedarse en el sofá viendo una película.

Pero ahora todo era nuevo para ella.

Desde que había visto ese anuncio, su vida había dado un giro de ciento ochenta grados. De un plumazo, sabía en qué quería invertir el dinero que guardaba, dónde veía su futuro y quién quería ser: la propietaria del viñedo que guardaba todos los recuerdos de su infancia.

6

Entre abrigos y dos copas de más

El restaurante elegido por Alexandre era sencillo y rústico.

Sonaba música ambiental de fondo y la estancia estaba bañada por una luz suave. Guiadas por uno de los camareros, se acomodaron en la mesa donde estaban los demás. Allison se situó enfrente de Alexandre y saludó a todos los presentes con afectación excepto a él. Lo hizo a propósito, en parte porque no quería darle la satisfacción y, por otro lado, porque estaba tan guapo vestido con esa camisa oscura y los vaqueros que era imposible mirarlo sin querer abalanzarse sobre él como si la vida le fuese en ello.

Había bastantes personas. Dos simpáticos cocineros, la camarera que le servía el café por las mañanas, Beatrice, Frank y uno de sus hijos (que al parecer le ayudaba en los establos con las tareas de mantenimiento), así como algunas chicas del servicio de limpieza.

Allison habló distraídamente con Cécile y Anne, la camarera, mientras les servían los entrantes. Evitó en todo momento dirigir su mirada hacia Alexandre, a pesar de que podía sentir los ojos de él clavados en ella. Era como si una potente carga eléctrica fluyese entre ellos y daba igual dónde

estuviesen, si a solas o delante de un montón de gente, el torrente seguía haciéndose más grande e intenso. Por ello, Allison no se lo pensó demasiado antes de rellenar por segunda vez su segunda copa de vino. Lo necesitaba para calmarse.

—Y cuéntanos, ¿hay alguien esperándote en Nueva York? —Le preguntó Anne.

De inmediato, Alex dejó de escuchar al chico que tenía al lado y toda su atención se centró en ella, que se encogió en el asiento. ¿Qué debería responder? Si decía que no, confirmaría las sospechas de que su vida era monótona y aburrida. Pero si decía que sí, le estaría mandando a Alexandre el mensaje de que, en efecto, había superado lo que fuese que sucedió entre ellos años atrás, había seguido adelante con su vida y era feliz.

—Algo así... —contestó con aire misterioso.

—Eso no vale. Tienes que darnos detalles.

—Uhhh, pues... uhmmm...

—¿Algún problema, Allison?

Clavó sus ojos en Alex, que la miraba expectante a la espera de esas palabras que ella no lograba encontrar. Se armó de valor y le dio otro largo trago al vino mientras él, Anne y Cécile la observaban con interés y en silencio. *Maldita la hora en la que había decidido que acudir a esa cena era una buena idea...*

—No llevamos aún mucho tiempo.

—¿Pero la cosa promete? —Anne sonrió.

—Sí. Es un hombre serio y de los que parecen cumplir lo que dicen —puntualizó, porque no pudo evitar lanzarle a Alex esa indirecta—. Hemos salido unas cuantas veces, pero creo que nos irá bien en el futuro. Y es muy guapo —añadió tras echarle otro vistazo al chico que tenía enfrente y que sujetaba el tenedor con más fuerza de la necesaria.

—¿Así que vivirás en Nueva York si consigues comprar el viñedo? —preguntó él.

—Todavía no lo he decidido, es pronto para precipitarse.

—¿Cómo se llama ese novio tuyo? —insistió.

—No es de tu incumbencia —replicó airada.

Después le dio otro sorbo al vino e intentó calmarse, porque mentir siempre se le había dado de pena. Pero, cuando supo que estaba a punto de desmoronarse, se puso en pie. Todos habían seguido a lo suyo, hablando tranquilamente, menos él, que continuaba mirándola mientras se alejaba hacia el baño. Una vez estuvo ahí dentro, respiró hondo para intentar tranquilizarse. La puerta se abrió de golpe. Al principio se asustó, pero la sonrisa de Cécile la reconfortó enseguida. Suspiró y abrió el grifo para lavarse las manos.

—Solo quería saber si estabas bien —le dijo la chica.

—Sí, tranquila. Hace un poco de calor ahí fuera.

—Ya. ¿De qué conoces a Alexandre?

—¿Por qué piensas eso? —replicó.

—He visto cómo os miráis. Cómo te mira.

—No me mira de ninguna forma...

—Allison, puedes confiar en mí —le aseguró tras posar una mano en su hombro y mirarla a través del espejo—. Sé lo que es llevar a solas una carga pesada y alivia compartirlo.

Terminó derrumbándose ante esas palabras. Antes de que pudiese darse cuenta de lo que estaba haciendo, le confesó a Cécile todo lo que había ocurrido. Que habían sido mejores amigos durante años y que se reencontraban cada verano. Que ella siempre había estado enamorada de él. Que, cuando por fin pasó algo entre ellos, él le prometió que le escribiría, pero nunca lo hizo. Y que ahora, años después, no solo parecía dispuesto a arrebatarse su sueño, sino que, además, se comportaba como si no le debiese al menos una disculpa.

—Vaya, pensaba que os habríais cruzado alguna vez, no que compartiríais ese historial. Menuda historia. Y menudo idiota. ¿Quieres mi opinión? No vale la pena que dejes que te altere. Si fuese tú, me limitaría a divertirme sin pensar en nada más.

—Tienes toda la razón —reconoció pensativa.

Cécile estaba en lo cierto: compartir las penas, aliviaba. Cuando salió del

baño empezó a sentirse mucho mejor. Tanto que, durante el resto de la cena, se limitó a beber, a charlar con los demás invitados y a reírse y disfrutar ignorando el ceño fruncido de Alex. No cambió su actitud cuando, tras terminar, decidió unirse al grupo que quería continuar la reunión en un local de copas que estaba cerca. Por desgracia, Alexandre también fue con ellos, pero eso no le arruinó el momento. Una vez llegaron allí, pidió un licor de frambuesa dulce y estuvo bailando durante lo que parecieron horas junto a Anne y Cécile.

—No te quita la mirada de encima —le comentó Cécile.

—¿De quién estáis hablando? —preguntó Anne.

—De nadie —se apresuró a contestar Allison.

Una cosa era empezar a abrirse y otra muy distinta que medio viñedo terminase enterándose de la historia que había vivido con Alex en el pasado.

—Vuelvo en un momento, chicas —dijo un poco después.

Necesitaba aire. Hacía mucho calor ahí dentro. Se dirigió hacia la puerta de salida haciendo algunas eses y quizá debido a eso no fue consciente del todo cuando una mano la cogió de la muñeca y tiró de ella con decisión hacia el cuarto diminuto del guarda ropas. Parpadeó confundida en medio de la oscuridad hasta que distinguió el rostro de Alex entre las sombras. Estaba tan cerca de ella que sus narices casi se rozaban. Respiró agitada.

—¿Qué pretendes? Apártate —dijo enfadada.

—Pretendo hablar contigo a solas y averiguar qué es lo que te ocurre. Vale que la situación entre nosotros no sea fácil, pero de ahí a no saludarme al llegar esta noche hay un trecho importante, Allison. ¿Quién eres tú y qué has hecho con la chica que conocía?

—¿La chica que conocías? —escupió las palabras, dolida—. Esa chica, Alex, desapareció hace años. Ya no queda nada de ella. No existe. Si pretendías volver a tenerme comiendo de la palma de tu mano en dos días, siento decirte que te has equivocado.

—Yo no quería eso. Quería...

Se pasó una mano por el pelo.

—¿Qué querías? —Ella lo miró.

—No lo sé. Quería entender qué había ocurrido, aunque está claro que este no es el mejor momento para hablar teniendo en cuenta que apesta a alcohol.

—Por suerte, eso tampoco es asunto tuyo.

—Lo es porque me importas, Ali.

Ella no quiso derrumbarse ante el tono suave de su voz ni tampoco caer de nuevo en la trampa que suponían sus palabras. Intentó mantenerse seria y firme.

—Curiosa tu forma de demostrarlo.

—Al menos lo intento. Y no tengo la necesidad de involucrar a personas imaginarias con propósitos secretos. Así que estás conociendo a alguien en

Nueva York... —dijo burlón.

—Sí, pero como te he dicho antes... —balbuceó.

—No es de mi incumbencia, ya —la cortó secamente.

—Es un tipo muy guapo. Se parece a Brad Pitt y...

Allison no sabía qué estaba diciendo, pero tampoco podía parar. Los ojos de Alexandre estaban fijos sobre ella y, por su mirada furiosa, no parecía muy feliz.

—Y no existe —terminó de decir por ella.

—¡Oye, claro que sí! —protestó sin sonar convincente.

—Ah, ¿sí? ¿Y cómo es? ¿Más o menos alto que yo? —preguntó Alex antes de dar un paso hacia ella y que sus cuerpos quedasen pegados. Allison sintió que todo su ser estallaba en llamas y quiso retroceder, pero tras ella estaba la pared. Le temblaron las rodillas.

—Un poco más alto —dijo un con un hilo de voz.

—¿En serio? Mido uno noventa y tres. ¿Es jugador de baloncesto?

—No. Es... es... ¡astronauta! —exclamó de los nervios.

—¿Astronauta? —Alzó una ceja con diversión—. ¿Y dónde está ahora? ¿En la luna? ¿Por qué no lo llamas y le cuentas lo bien que te lo estás pasando esta noche?

Alex apoyó las manos en la pared y ella quedó atrapada. El aliento de él le acariciaba la mejilla y de repente lo único que Allison podía desear en el

mundo era besarlo.

¿Qué le estaba ocurriendo? Había bebido demasiado, eso seguro. Tenía que salir de allí ya o terminaría cometiendo una locura de la que se arrepentiría sin dudar.

—No es buena idea... estará trabajando... la diferencia horaria...

—Seguro que encuentra un minuto para su amor.

—Alex, apártate —le rogó, incapaz de respirar.

—Solo cuando admitas la verdad. Odio las mentiras.

Ella tragó saliva con fuerza cuando vio que se inclinaba lentamente. Sentía el cuerpo de Alex encajado contra el tuyo y cierta parte parecía empezar a abultar más a cada minuto que pasaba. Una parte de ella quería mantener la boca cerrada y seguir adelante con aquella mentira, porque así Alex tensaría más la cuerda, pero la otra parte era incapaz de soportarlo más, porque la tensión la estaba matando y porque no quería caer de nuevo en sus garras.

—¡Está bien! ¡Mentí! ¿de acuerdo? ¿Ya estás contento?

Él la miró desde arriba y, si no lo conociese, casi diría que se sintió decepcionado antes de dar un paso hacia atrás y dejar que de nuevo el aire corriese entre los dos.

Se miraron respirando agitados durante un largo minuto.

—¿Cómo piensas volver al viñedo? —le preguntó él.

—Buscaré un taxi o algo así. Ya veré.

—Vendrás conmigo. Es más, nos vamos ya mismo.

—Alexandre... —dijo entre dientes.

—Estás borracha. No se hable más.

Allison protestó, pero él se mantuvo en sus trece. La había visto de camino a la salida caminando haciendo eses y no pensaba dejarla a su suerte y marcharse de allí sin llevársela consigo. Era evidente que había bebido más de la cuenta y que no estaba acostumbrada a hacerlo. La cogió de la mano y tiró de ella sin dudar mientras caminaban hasta el coche que había alquilado una semana atrás, cuando llegó al viñedo. Era lo más cómodo para moverse por allí. Ignorando sus múltiples quejas, abrió la puerta del copiloto y la metió allí sin miramientos. Rodeó el vehículo y él también se acomodó en su asiento.

—¡Eres un maldito bruto sin corazón! —le gritó.

—Y tú una niña consentida y desagradecida.

—¿Qué sabrás tú de mí? —preguntó mientras él ponía en marcha el coche y se alejaban del pueblo para internarse en una carretera llena de curvas y casi desierta.

—Más de lo que crees. Siempre has estado mimada. Lo has tenido todo, Allison. Una familia perfecta, dinero, una infancia feliz. De modo que imagino que, cuando tardé más de lo previsto en escribirte, se te cruzaron los cables. Te enfadaste y no viste más allá de tu nariz. Pensaba que habrías

cambiado con la edad, pero ya veo que no es así.

Allison parpadeó confundida. Olvidó el dolor ante sus palabras, olvidó que Alex no tenía ni idea porque, en realidad, sus padres habían muerto inesperadamente y desde entonces su vida había sido desdichada y, desde luego, sin ningún tipo de lujos innecesarios.

Porque en ese momento solo podía repetirse una cosa.

Cuando tardé más de lo previsto en escribirte...

Lo miró consternada y confundida.

—¿Escribirme? Nunca lo hiciste.

Él parpadeó y apartó la vista de la carretera tan solo durante un segundo, porque no estaba seguro de si la había oído bien, pero entonces se escuchó un grito y después todo se volvió negro, como si la noche cerrada los hubiese atrapado por completo.

Un pequeño despiste

Cuando Alex abrió los ojos tardó unos segundos en enfocar la mirada y dejar de verlo todo borroso a su alrededor. Pero lo primero en lo que pensó fue en ella. Allison. Con el corazón latiéndole con tanta fuerza que casi le dolía y el miedo aferrándose a su cuerpo, se giró y la vio. Tenía los ojos cerrados y la cabeza sobre un hombro, con una brecha en la frente. El pánico le nubló la razón y se quitó el cinturón a toda prisa.

—¡Allison! ¡Ali! Vamos... abre los ojos...

La zarandeo con fuerza, pero al ver que no reaccionaba llamó rápidamente a los servicios de emergencia y trató de explicarles su ubicación. Luego no soltó su mano en ningún momento, con las yemas contra el pulso que latía y lo calmaba, porque al menos seguía con vida. Le apartó el pelo de la frente y se le humedecieron los ojos al verla así por su culpa. Tenía la amarga sensación de que era un lastre para su vida y por un momento deseó desaparecer, pero no lo hizo. Mientras los médicos sacaban su cuerpo y lo colocaban en una camilla, se mantuvo a su lado. Por suerte, ya en la ambulancia, empezó a recobrar la consciencia, aunque todavía parecía

confundida y fuera de sí. Él le apretó la mano.

—No digas nada, solo sigue despierta, Ali.

Ella no contestó, pero mantuvo sus ojos sobre él.

En esa mirada silenciosa, Alexandre se dio cuenta de que Allison siempre sería la chica más importante de su vida, no solo por los recuerdos que compartían, sino porque la conocía a fondo, sabía cómo era su corazón, lo sensible que era a pesar de su orgullo.

Por suerte, cuando llegaron al hospital y le hicieron pruebas, los médicos descartaron que tuviese nada grave. Él estuvo en la sala de espera durante horas, dándole vueltas a lo que había ocurrido y lamentándose por ello. Cuando el doctor salió, se levantó de inmediato.

—Tranquilo. Solo tiene una contusión, pero teníamos que hacerle pruebas para asegurarnos de que no hubiese una hemorragia interna —explicó—. Ella está bien. Ya está en la habitación, despierta y estable. Tiene algunos golpes y el corte de la frente, pero se recuperará.

—Gracias a Dios —dejó escapar aliviado.

—Puede pasar a verla, si quiere.

Asintió antes de dirigirse hacia el pasillo que conducía a las habitaciones. Una vez estuvo delante de la puerta, cogió aire y entró. Allison giró la cabeza hacia él mientras se acercaba hasta la cama. No sabía qué decir. Se sentía tan culpable al verla allí.

—Lo siento muchísimo, Ali. Yo no quería...

—Ya lo sé. Estoy bien, de verdad, Alex.

—Soy un idiota. No sé en qué pensaba.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó ella y él recordó que había bebido antes de subirse al coche y que quizá no recordaría las cosas con tanta claridad al quedarse inconsciente.

—Estábamos hablando y dejé de mirar la carretera solo un segundo, te lo juro, pero perdí el control del coche y chocamos con un árbol. Y luego tú... tú...

—Es verdad. —Allison se lamió los labios reseco mientras empezaba a recordar lo que había ocurrido desde la salida del local—. Estábamos hablando de lo que ocurrió. Y dijiste: *Cuando tardé más de lo previsto en escribirte...*

—Olvídate de eso, ya no importa.

Él se inclinó hacia ella y le apartó de la cara el pelo rubio. Llevaba un apósito en la frente que cubría la herida y aún tenía la vía puesta porque el doctor había dicho que iban a dejarla esa noche en observación, por si acaso. Deseó poder dar marcha atrás y evitar aquello.

—No, no quiero olvidarlo, eso que dijiste...

Se incorporó en la cama ahogando un quejido, probablemente por las contusiones leves. Él la sujetó antes de que ella volviese a apoyar la espalda

contra el colchón.

—Tranquila. No hagas esfuerzos ahora.

—Pero es que no lo entiendo, Alex.

—¿Qué no entiendes? —La miró fijamente.

—No es que tardases en escribirme, es que nunca lo hiciste. Por eso... por eso estaba tan enfadada contigo, porque confié en ti y cuando más te necesité no estuviste.

—Claro que te escribí. Es solo que tardé algunos meses...

Allison cerró los ojos con fuerza, porque en ese momento las piezas empezaron a encajar. Si Alex le escribió meses más tarde... ella ya no residía en aquella casa. Después del accidente, se mudó con una tía que vivía en Nueva York y la propiedad se puso a la venta. Año y medio después entró en la universidad y, más tarde, en cuanto salió, se independizó.

—Deberías volver al viñedo —susurró con la voz rota.

—No pienso moverme de aquí y tú lo sabes, Ali.

No sabía si era por el silencio de la habitación del hospital, pero aquella conversación le parecía más íntima que todas las que habían mantenido hasta entonces, como si por fin ambos se quitasen la máscara con la que se habían estado protegiendo del otro.

Alexandre quería seguir indagando ahora que había descubierto que, al parecer, sus cartas nunca le llegaron, pero Allison tenía la mirada vidriosa y

el médico le había dicho que no tardaría en caer rendida a causa de los calmantes que le habían suministrado. Así que se contentó con apoyar la barbilla en su mano y colocarle el pelo detrás de la oreja con la otra que tenía libre, antes de quedarse mirándola en silencio. Tal como preveía, a ella se le cerraron los ojos en seguida y se durmió profundamente. Él lo prefería así. Después del encontronazo que habían tenido por la mañana y en la cena, el susto por culpa del accidente y todo lo demás, sabía que Allison necesitaba descansar y recuperar fuerzas.

Ya tendrían tiempo de hablar sobre todo aquello.

Porque hablarían y mucho. Alexandre no estaba dispuesto a volver a dejar que los malentendidos se interpusiesen entre ellos. No por la relación que habían mantenido, sino porque, ante todo, habían sido grandes amigos. Se merecían resolver aquello.

A diferencia de ella, él no pudo pegar ojo.

Se pasó toda la noche despierto, mirándola, recordando lo increíble que era besar esos labios entreabiertos y acariciarle las mejillas suaves y redondeadas. Cuando no se quedaba embobado contemplándola, recordaba sus palabras: *“cuando más te necesité no estuviste”*. ¿A qué se había referido exactamente con eso? Alex empezaba a pensar que quizá se había equivocado y ella no era la chica caprichosa que creía, sino todo lo contrario; puede que estuviese tan dolida que se hubiese encerrado en sí misma para protegerse.

Cuando Allison abrió los ojos por la mañana, la luz del sol ya se colaba en la estancia y la iluminaba. Se quedó mirando al hombre que estaba de espaldas, con la vista fija en el ventanal de la habitación y las manos metidas en los bolsillos del pantalón.

—Alex... —susurró—. Tendrías que haberte marchado.

Él se dio la vuelta lentamente y la miró sin parpadear.

—¿A dónde iba a irme? No digas tonterías.

—Seguro que has dormido fatal —replicó.

—No ha sido tan terrible —mintió él antes de acercarse hasta la cama y revisarla como si intentase ver en ella signos del accidente—. ¿Cómo te encuentras? ¿Mejor que ayer?

—Algo dolorida, pero creo que sobreviviré.

—Hablo en serio, Ali —le reprochó.

—Yo también. Estoy perfectamente.

—De acuerdo. Avisaré a la enfermera para gestionar el alta y pedir que te traigan el desayuno —dijo mientras ya se dirigía hacia la puerta para salir.

—No, espera. Prefiero que nos tomemos un café por ahí.

—Vale. —Asintió con la cabeza, dejándola llevar las riendas.

Media hora más tarde, tras hablar con la empresa de alquiler de coches para gestionar el problema y solicitar uno nuevo, Alex se sentó en la mesa de la terraza de la cafetería a la que habían ido y dejó dos cafés y un croissant

encima. Allison lo miró de reojo.

—¿Todo bien? —preguntó cogiendo el azúcar.

—Sí, estaban poniendo pegas, pero, por suerte, tenía el seguro contratado a todo riesgo.

—Qué previsor. ¿Tienes accidentes a menudo? —bromeó.

—Solo cuando llevo al lado a chicas guapas que me distraen.

Allison odió sentir cómo se le calentaban las mejillas, pero no pudo evitarlo. Él sonrió en cuanto se percató y removió su café con leche con aire distraído antes de hablar.

—Creo que deberíamos hablar y esta vez va en serio.

—Tienes razón —admitió ella con timidez.

Alexandre la miró vacilante porque no sabía cómo empezar.

—Te escribí. —Fue lo primero que le salió. Necesitaba que ella lo supiese, que lo creyese y confiase en su palabra—. Reconozco que tardé, que tuve un pequeño desliz y pensaba que estabas enfadada por eso. Tuve dudas durante los primeros meses, Ali. Era un crío, la distancia me mataba y pensaba que vivíamos en mundos tan distintos que no había futuro para nosotros. De modo que intenté olvidarme de ti, lo reconozco.

—Alexandre... —Tragó saliva con fuerza.

—También creía que estaba haciendo lo mejor para ti. Yo no era nadie y tú tenías un futuro por delante. No lo sé. Era otra época y estaba confuso.

Durante esos meses me metí en líos en el instituto, me expulsaron y me sentía perdido. Pero nunca conseguí dejar de pensar en ti. Así que unos meses más tarde, no sé cuántos, quizá cuatro o cinco, te escribí. Te pedí perdón mil veces. Y como no contestabas, te mandé cartas durante demasiado tiempo. Sobre todo, cuando llegó el verano y por primera vez no volviste al viñedo...

Allison tenía un nudo en la garganta.

Aunque hubiese crecido mucho, sus facciones se hubiesen endurecido y sus ojos estuviesen llenos de experiencia, ella conocía bien al hombre que tenía delante y sabía que no estaba mintiendo. Aquello era real. Alex le había escrito, solo que demasiado tarde. Las circunstancias no habían jugado a su favor. ¿Quién sabe cómo hubiese sido todo en una realidad paralela? Quizás ella lo hubiese perdonado tras un par de cartas más para ablandar su orgullo y al siguiente verano se habrían encontrado de nuevo. Puede que, en ese otro mundo, ellos llevasen saliendo más de diez años o incluso tuviesen una familia...

—Mis padres murieron —dijo con un hilo de voz.

—Dios mío, Allison... —La cogió de la mano.

Ella no se apartó en esa ocasión. Dejó que sus dedos se entrelazasen por encima de la mesa y que los de él le acariciasen la piel con delicadeza y ternura.

—Tuvieron un accidente tres meses después de las vacaciones de aquel

año. Me quedé sola de repente. Pusimos la casa en venta y, por suerte, una pareja la compró en seguida. Me fui a vivir a casa de una tía, una hermana de mi madre, y más tarde entré en la universidad. El resto es historia, pero, como imaginarás, nunca recibí esas cartas tardías porque ya no vivía en aquella dirección.

Alex se inclinó hacia ella mirándola.

Los cafés se habían quedado fríos.

—No sabes cómo lo siento, Ali.

—Ya lo he superado —mintió.

—Conmigo no tienes que fingir.

Se levantó y antes de que ella pudiese decir nada más, la estrechó entre sus brazos. Se quedaron un buen rato así, juntos, disfrutando de aquel silencio y de la compañía del otro. Fue como volver al pasado durante aquellos minutos de debilidad.

—Deberíamos volver al viñedo. Estarán preocupados.

—Tienes razón. Cógete el croissant para llevar, no es bueno que tengas el estómago vacío después de tantos calmantes —le dijo él antes de envolverlo con una servilleta y tendérselo.

Después se encaminaron callados hasta la empresa en la que les darían otro vehículo de alquiler. Alex pensaba en todo aquello, en lo retorcido que era a veces el destino y en lo raro que se sentía cuando estaba junto a ella; mientras

con el resto del mundo se comportaba de un modo más bromista y pasota, con Allison salía a relucir su faceta más tierna, como si sintiese el impulso de protegerla y cuidarla a todas horas. No podía evitarlo. En cambio, ella pensaba en el escalofrío que la había recorrido de los pies a la cabeza cuando él la había abrazado de aquella forma; ¿cómo iba a fingir que no sentía nada por Alex ahora que sabía que en realidad él sí que le había escrito? Aunque hubiese sido con algo de retraso, aunque tuviese dudas o estuviese pasando una mala época, a pesar de todo ella seguía queriéndolo. Porque era el mismo chico que la había intentado enseñar a montar a caballo cuando era una niña y ese con el que jugaba a las cartas bajo el sol de la tarde en la terraza del hotel. El que tenía una sonrisa preciosa y el que la había desnudado por primera vez. Habían pasado más de diez años y ella aún podía recordar perfectamente cómo era sentir sus manos en su piel, acariciándola, la humedad de aquellos labios contra su boca...

—¿En qué estás pensando? —Alex la miró.

—En nada. En mis cosas. En física cuántica.

—Sigues siendo increíble, Allison —dijo riéndose.

No hablaron de nada demasiado personal mientras regresaban en coche hacia el viñedo, pero sí comentaron algunas cosas por encima. Ella le explicó el argumento de uno de sus libros preferidos y él le dio detalles sobre cómo había terminado montando aquella cadena de tiendas que parecían darle un

buen beneficio. Cuando al fin llegaron a la propiedad, tal como esperaban, muchos de los trabajadores estaban preocupados. Era comprensible. Los habían visto salir del local, pero no había constancia de que hubiesen llegado al viñedo.

—Estamos bien, hemos tenido un pequeño accidente —le contó Allison a Cécile cuando fue corriendo hacia ellos preocupada y saliendo de recepción.

—¡Me teníais muy preocupada! —Se llevó una mano al pecho.

Allison sonrió. Una de las cosas bonitas que recordaba de pasar el verano allí era que, al contrario de lo que ocurría en las grandes ciudades, todos se comportaban como si fuesen una gran familia. Después de dos semanas empezaban a tratarte como si te conociesen de toda la vida y, en medio del día a día más frío, resultaba reconfortante.

Subieron a la segunda planta con la intención de descansar un rato, pues Alex había dormido poco (aunque ella estaba convencida de que, en realidad, ni siquiera había pegado ojo), y cuando llegaron a su puerta se quedaron mirándose en silencio.

Él le señaló el apósito de la frente.

—¿De verdad no te duele?

—Nada de nada. En serio.

—Vale. Esto... —Se rascó la nuca.

Ella nunca lo había visto tan nervioso.

—¿Sí? —preguntó también indecisa.

—Quizá podríamos, no sé, vernos esta noche.

—¿Vernos? —Estaba tan nerviosa que solo podía repetir lo que él decía como una tonta.

—Vernos y cenar juntos, por ejemplo. Como en los viejos tiempos.

—Suena bien —consiguió decir ella.

—¿No vemos aquí sobre las siete?

—De acuerdo —le sonrió con sinceridad y él se quedó mirando sus labios unos segundos de más antes de darse media vuelta y marcharse porque, a fin de cuentas, era la primera vez que Allison le sonreía de verdad desde que habían vuelto a verse tras diez años de ausencia.

Bajo las estrellas

Lo primero que hizo Allison fue llenar la bañera hasta arriba, quitarse la ropa y meterse dentro. Cerró los ojos con fuerza y suspiró antes de hundir la cabeza en el agua. Estuvo unos minutos así, concentrándose tan solo en la idea de respirar hondo y de ordenar sus pensamientos, que de repente estaban revueltos y confusos. Se suponía que odiaba a Alex, llevaba diez largos años haciéndolo. Cada vez que escuchaba ese nombre, sentía escalofríos. Y ahora, de golpe y de repente, ya no tenía razones para seguir haciéndolo.

¿Cómo se suponía que iba a salir ilesa de aquello?

La última imagen antes del accidente que podía recordar era el rostro de Alexandre girándose hacia ella contrariado, como si no pudiese creer lo que estaba escuchando, mirándola con esos ojos azules como el cielo que ella adoraba. Y después un golpe seco.

La noticia de lo ocurrido con las cartas parecía haberle afectado a ella tanto como a él. Por primera vez, se puso en su lugar, y se preguntó cómo se habría sentido al no obtener respuesta después de escribir una carta tras otra. Quiso gritar de pura frustración.

Alargó la mano hasta el borde de la bañera y cogió el móvil.

No dudó antes de marcar el número de Emma.

—Ya estaba a punto de coger un avión e ir a buscarte. Llevabas horas sin responder al teléfono, ¿se puede saber qué estabas haciendo? ¿Allison? ¿Sigues ahí?

—Sí, perdona, es que he tenido un pequeño percance.

—Cuéntamelo, porque me tenías muy preocupada.

—Se trata de Alex. Bueno, más o menos. Te lo resumo; como te conté, ayer invitó a cenar a algunos trabajadores del viñedo y yo fui también. Pues bien, después de eso fuimos a un local, bebí más de la cuenta y él terminó empeñándose en llevarme en coche hasta aquí. El problema es que mientras íbamos de camino salió el tema de las cartas...

—Madre mía, no me digas que acabasteis en la cárcel.

—¡No! ¿Por quién me tomas, Emma? —protestó.

—Por una chica que lleva diez años enamorada del idiota que nunca se dignó a escribirle. De hecho, cuando me contaste que te lo encontraste, temí que hicieras alguna locura.

—Soy adulta —le recordó—. Y lo tengo superado.

—Lo que tú digas. ¿Qué ocurrió entonces?

—Él me dijo que me había escrito, aunque algo tarde. Yo le respondí que no, que el problema era que jamás lo había hecho. Y entonces apartó la vista

de la carretera, me miró y tuvimos un pequeño accidente. Por suerte, no fue nada grave y saltó el airbag.

—¿Te encuentras bien? —preguntó preocupada.

—Sí, sí, no pasó nada. Pero ahora tengo otro problema.

—¿En qué más líos puedes meterte en una sola noche?

—No es nada de eso. El problema, Emma, es que ya no puedo odiarle. Y si no puedo odiarle... tengo miedo de volver a ser una idiota, porque te prometo que este hombre es mi debilidad, mi talón de Aquiles. Todas tenemos un amor platónico, ¿no? De esos que nada más verlos te dejan sin aliento. Pues Alex es el mío. Y no sé si voy a poder soportar estar cerca de él y ser fuerte. Porque tengo que serlo, ¿lo entiendes? Es parte del pasado, lo nuestro quedó atrás y ahora seguimos siendo rivales por conseguir esta propiedad.

—Lo siento, cielo, pero no creo que pueda serte de ayuda en este caso. Te diría que te dejases llevar, pero conociéndote, imagino que no estás por la labor.

—¿*Dejarme llevar*? ¿Qué clase de consejo es ese?

—Uno sincero. Las mejores cosas son las que fluyen sin más, sin forzarlas. Si te empeñas en mantener una barrera entre los dos, la situación será tensa y eso se nota.

—Prefiero una relación tensa a volver a enamorarme de él.

—La pregunta, Allison, es si alguna vez has dejado de estarlo.

Le tembló tanto la mano al escuchar aquello que el teléfono se le cayó al agua y lo sacó de la bañera emitiendo un gritito. Se inclinó e intentó secarlo con la toalla que tenía en el suelo. *“Maldita fuera Emma y ese lado romántico e inconsciente que nunca auguraba nada bueno”*.

Y lo peor de todo era que en parte tenía razón.

¿Había dejado de estar alguna vez enamorada de él?

Alex se dio una ducha rápida después de dormir algunas horas, aunque le costó conciliar el sueño. Se miró en el espejo y se peinó un poco con los dedos antes de suspirar y salir de la habitación. Tal como habían acordado, esperó a Allison delante de su puerta. No tenía prisa. Ahora que por fin sabía lo que había ocurrido, pensaba llegar hasta el fondo de aquella cuestión. En cierto modo, su relación seguía abierta, como una línea a la que le falta el punto final y que seguía estando inacabada después de largos años.

Por suerte, no tardó mucho más en salir.

Se había puesto un vestido cómodo y fresco de verano que dejaba a la vista sus piernas ya algo doradas tras aquellos últimos días de sol en el viñedo. Alex le sonrió antes de dirigirse hacia las escaleras que conducían al piso inferior y al comedor principal.

Se sentaron en una mesa que estaba en una esquina, algo alejada de otros

huéspedes que disfrutaban degustando la cena. Había una vela encendida en medio y el mantel era de un rojo brillante. A Alex le gustó la idea de fantasear con que, en otra realidad, aquella podría haber sido su primera cita. La miró y ella apartó la vista, nerviosa.

—¿Qué te ocurre, Allison? —preguntó en susurros.

—No lo sé, nada... —Se interrumpió cuando Anne apareció y les sonrió antes de leerles la carta de los primeros platos que había para aquella noche—. Yo tomaré la crema de calabaza y, de segundo, creo que el solomillo a la pimienta —pidió.

—Lo mismo que ella —dijo Alex—. Y una botella de tinto.

—Perfecto. —Les volvió a sonreír antes de irse.

—Hagamos una cosa. No hablemos de nada relacionado con el pasado. Imagina que somos dos turistas, nos hemos encontrado aquí y hemos decidido compartir una cena informal entre amigos —propuso Alexandre, con la esperanza de que ella aceptase aquella tregua, porque necesitaba aunque fuese poder disfrutar de una noche junto a Allison sin sentir que eran enemigos, o rivales, o viejos conocidos que habían dejado de quererse.

—De acuerdo —accedió aún algo dubitativa.

Les sirvieron la cena y él rellenó las copas de vino.

—Esta mañana me dijiste que fuiste a la universidad. ¿Qué estudiaste? Recuerdo que te gustaban las letras, ¿no? —preguntó amonestándose, porque

era imposible no hacer referencias al pasado que tenían en común. Allison leía a menudo en cualquier lugar mientras él pasaba el tiempo con los caballos o se dedicaba a mirarla embobado.

—Sí, estudié Filología —respondió.

—¿Y en qué trabajas exactamente?

—En una biblioteca. Es mejor de lo que suena. Para mí, claro. No está mal pasar la jornada laboral rodeada de libros, siempre son mejor compañía que la de algunas personas.

—Eso es cierto. —Alzó la copa—. Deberíamos brindar.

—¿Por qué? —Cogió también su copa aún llena.

—Por nosotros. Por los reencuentros.

—Por el destino —susurró ella bajito.

El cristal tintineó cuando chocaron sus copas y luego los dos bebieron un trago sin dejar de mirarse por encima del borde. Se pasaron así el resto de la cena, mirándose sin parar; de reojo, de frente, intensamente, fijamente, con las mejillas sonrojadas...

La cuestión era que Allison no podía apartar los ojos de él.

Tenía delante de ella al amor de su vida, con la diferencia de que ahora era una mujer adulta y sus vidas habían seguido caminos tan diferentes que era imposible volver a juntarlos como si nada hubiese ocurrido después de tantos cambios.

Cuando terminaron la cena, Alexandre se dio cuenta de que no quería despedirse de ella y marcharse a la soledad de la habitación, así que le propuso dar un paseo.

—Vamos, hace calor y antes te encantaba mirar las estrellas —le recordó.

Era verdad. De joven solían dar una vuelta después de la cena, apuraban las horas para estar juntos hasta que la madre de Allison la llamaba cuando se hacía demasiado tarde.

—De acuerdo —accedió levantándose.

Salieron. El viento de la noche era cálido y agradable. Olía a las flores de la enredadera que trepaba por las losas de piedra de la casa que, poco a poco, fueron dejando atrás. Cuando se alejaron lo suficiente, la oscuridad se cernió sobre ellos y solo el fulgor de la luna iluminaba sus pasos, que resonaban en medio del silencio.

En un momento dado, Alex frenó en seco y se tumbó en el suelo.

—¿Qué estás haciendo? —Ella lo miró reprimiendo una sonrisa.

—Mirar las estrellas. ¿Ya no lo recuerdas? —susurró.

—Sí, pero... —Torció el gesto—. No sé, Alex...

—Venga, no seas aguafiestas. Túmbate.

La cogió de la mano y tiró de ella hasta que logró que la joven se acomodase a su lado. Se quedaron callados contemplando el cielo lleno de estrellas que brillaban. Pasado un rato, con el corazón en la garganta, ella se

giró para poder mirarlo. El perfil de Alex se recortaba entre las sombras y su olor la envolvía cada vez con más fuerza. Se sentía nerviosa porque allí, ocultos entre los arbustos, la intimidad entre ellos casi la ahogaba.

—Quiero decirte... que estoy orgullosa de ti, Alex —dijo con la voz un poco rota por la tensión del momento—. Me alegra saber que conseguiste todo lo que te propusiste.

—No todo —contestó él en un murmullo.

—Supongo que siempre hay tiempo para...

—No te conseguí a ti —la cortó bruscamente.

Allison se quedó en silencio mientras él se giraba hacia ella. No podía moverse. Era como si sus piernas y sus manos estuviesen totalmente paralizadas. ¿Qué podía responder ante algo así? Tenía un nudo en la garganta. Cerró los ojos cuando notó los dedos de él en su mejilla, acariciándola suavemente como si temiese hacerle daño.

—Siento no haber estado cuando tus padres murieron...

—No lo sabías —lo interrumpió rápidamente.

—Ya lo sé. Pero debería...

—No digas nada más.

—Es que ahora no dejo de pensar en eso, Ali. Debería haber estado ahí para ti. No puedo parar de preguntarme qué estaría haciendo yo mientras tú te encontrabas sola intentando superar la pérdida de tus padres. De haberlo

sabido... entonces... Yo habría cogido el primer avión que saliese hacia Estados Unidos sin dudar, lo sabes, ¿verdad?

Allison asintió despacio, incapaz de hablar.

Tenía el corazón encogido en el pecho.

—Ahora ya es pasado, Alexandre.

—Lo sé. Pero nosotros seguimos aquí, en el presente.

—¿Qué intentas decir con eso? —preguntó ella.

—Que tiene que significar algo...

Antes de que pudiese asimilar aquellas palabras, sintió el peso del cuerpo de Alexandre sobre el suyo, la palma de su mano contra su cintura y sus labios seductores cubriendo los suyos. Ahogó un gemido, mezcla de la sorpresa y del placer al volver a reencontrarse con ese sabor que tanto había echado de menos. Porque daba igual con cuántos chicos hubiese estado Allison; ninguno besaba como lo hacía Alex Lambert.

Él parecía querer devorarla y quedarse siempre con ganas de más, parecía querer explorar su dulce boca como si el mundo fuese a quedar reducido a cenizas minutos después. Era intenso, lleno de calor, y sus manos se movían por su cuerpo encontrando todos sus puntos débiles y arrastrándola a un mundo de sensaciones tan abrumadoras que la hacían sentirse aletargada, como si estuviese flotando en una nube esponjosa.

—Alex... —susurró su nombre entre sus labios.

—No sabes cuánto te he echado de menos... —dejó escapar él—. Las ganas que tenía de tocarte... Sigues siendo la misma jodida chica que me volvió loco.

Allison pensó en esas palabras mientras la boca de él exploraba su cuello y dejaba un camino de besos húmedos sobre su piel. Parpadeó para contener las lágrimas. Él tenía razón. Los dos habían estado locos el uno por el otro y eso no los había conducido a ningún lado. Un amor fugaz. Un montón de promesas rotas.

—Espera, Alex. No podemos...

Él se apartó un poco y frunció el ceño.

—¿Por qué no? ¿Qué nos lo impide?

Que creo que aún estoy enamorada de ti, pensó ella.

—Que estamos compitiendo por algo. Que una cosa es que decidamos perdonarnos después de saber lo que ocurrió y ser amigos y otra es... esto...

—Lo miró. Tenía los primeros botones de la camisa desabrochados y los labios enrojecidos.

—¿*Esto*? Somos dos adultos con ganas de pasar un buen rato.

—¿De verdad?, ¿eso es lo que somos? —Allison se subió el tirante del vestido.

—¿Qué es lo que quieres? Habla claro.

Quiero que me digas que esto no son solo dos adultos pasando un buen

rato, sino que esto somos tú y yo sintiendo todavía algo intenso el uno por el otro. El comienzo de lo que podría ser...

—Lo siento. Solo complicaría las cosas.

Allison se puso en pie conteniendo un suspiro mientras él la miraba como si acabasen de salirle dos cabezas y no comprendiese qué era lo que le ocurría. ¡Hombres! Siempre fijándose en lo básico en lugar de en los pequeños detalles, como en la mano temblorosa de ella o en lo mucho que le costaba no apartar la vista de su imponente figura.

Se despidió rápidamente antes de echar a andar hacia la casa.

El viejo y sabio señor Morriset

La luz de la mañana entraba por la ventana. Allison se dio la vuelta en la cama, tumbándose boca arriba, y se pasó una mano por los labios. Cerró los ojos. Recordó el sabor de Alex, era manera que tenía de besarla como si no existiese nada más a su alrededor, el tacto de sus labios... Todo él era delicioso.

Y ella lo había apartado sin miramientos.

Le ponía de los nervios tener que verlo de nuevo, porque su cuerpo reaccionaba ante su presencia sin hacer caso de todo lo que su cabeza le gritaba. *No te sonrojes, no te rías como una tonta ante lo primero que diga, no te quedes sin aliento, no lo mires embobada.* Pero eran dos partes separadas que recorrían caminos distintos. Su cabeza decía no, su piel lo echaba de menos.

Las palabras que le había dicho la noche anterior no ayudaban.

Allison sabía que Alex era sincero. Sabía que habría estado allí para ella. Por eso se había enamorado de él, porque desde pequeño había sido un chico fiel y humilde, de esos leales hasta el final que no dudan a la hora de

reconocer sus errores o admitir que se han equivocado, de los que tampoco les tiembla el pulso al confesar sus sentimientos. Por eso Allison sabía que, si él siguiese estando enamorado de ella, se lo hubiese dicho la pasada noche. Porque no era de los que escondían sus emociones sin razón.

Esa mañana se hizo un moño informal y se vistió cómoda con vaqueros y una camisa de cuadros rojizos antes de bajar al comedor para desayunar. Por suerte para ella, él no estaba allí cuando se sentó en la mesa y pidió tostadas con café y zumo de naranja.

Se propuso aprovechar aquel día así que, tras el desayuno, se sentó en una de las mesas del jardín con una libreta y comenzó a escribir punto por punto todas las cosas que ella mejoraría en el viñedo. A decir verdad, no eran muchas, pero sabía que ahí residía la gracia: aquel lugar ya era perfecto tal como estaba. Podían arreglar pequeños detalles, eso sí.

Estaba tan concentrada en su tarea que no se fijó en que una persona apoyaba una mano arrugada en el respaldo de una de las sillas. Alzó la vista cuando se percató y sonrió con sorpresa al ver el rostro amable del señor Morriset, el dueño actual del viñedo.

—¿Puedo sentarme? —le preguntó.

—¡Claro! Faltaría más. Siéntese.

Él se acomodó en la otra silla despacio.

—Lamento mi ausencia, pero el tratamiento de quimioterapia requiere mi

presencia en el hospital. Me hubiese gustado estar aquí más a menudo.

—Lo lamento mucho, señor —respondió apenada.

—Tranquila, de momento los médicos son optimistas. Pero cuéntame, Allison, ¿qué tal van las cosas por aquí? Ya me han dicho algunos de mis chicos y chicas que se han acostumbrado fácilmente a la vida en el viñedo y que la otra noche fueron todos a cenar.

—Oh, sí. A decir verdad, he pasado largas temporadas aquí con mis padres, cuando era joven, así que lo de acostumbrarme al sitio era algo de esperar. Y Alex también porque...

Se quedó callada sabiendo que había hablado de más.

—¿Decía usted? —preguntó Morriset sonriéndole.

—Nada, solo eso. Nos hemos acostumbrado.

Morriset se llevó una mano temblorosa a los labios y la miró con los ojos brillantes bajo el sol de la mañana que le daba a su cabello un aspecto aún más blanquecino.

—He estado meditando lo que hablamos por teléfono antes de su llegada aquí y, si el señor Lambert pasó aquí los veranos con su madre sobre esas fechas y usted estaba de vacaciones con su familia... imagino que coincidirían —adivinó.

Allison sintió que se le enrojecían las mejillas.

Cuando se había encontrado con Alex en el despacho de Morriset dos

semanas atrás, se había puesto tan nerviosa e histérica que lo primero que le había salido decir cuando él les preguntó si se conocían, era contestar que no, que nunca lo había visto. Pero, por lo visto, a Morriset no le había costado mucho cuadrar dos más dos. Ella podría haber argumentado que se quedaba encerrada en su habitación todo el verano o que lo había visto de lejos pero nunca hablaban; sin embargo, sabía que era poco creíble y que tantas mentiras terminarían por jugarle una mala pasada al final. Además, no quería seguir engañando a aquel hombre.

—Le mentí —confesó con la voz ahogada.

—Ya me di cuenta de eso —respondió él.

—Pero fue porque... me pilló de improviso —explicó—. No supe cómo reaccionar en aquel momento, ¿entiende? Estaba enfadada y muy alterada. No me lo esperaba.

—¿Enfadada con Alexandre Lambert? —Se interesó.

—Sí. ¡No! Quiero decir... —Suspiró agotada.

—Prometo que no saldrá de aquí, Allison.

Miró a aquel hombre que parecía sincero y amable y al final dejó que sus sentimientos escapasen, porque al fin y al cabo eran la verdad, la realidad de lo que había sido toda su vida. Le relató toda la historia sin entrar en mucho detalle, pero sí confesándole que al final lo de las cartas había sido un terrible malentendido, como si el destino deseara separarlos para después volver a

juntarlos de nuevo años más tarde. Era casi irónico.

—Vaya, menuda situación —atisbó a decir Morriset.

—Ya ve. Así que están siendo unas semanas intensas.

Él se rascó el mentón con aire pensativo y sonrió después.

—Me resulta curiosa una cosa: al final, de algún modo, este viñedo es el punto en el que sus vidas siempre vuelven a encontrarse y unirse.

—Supongo que sí —admitió ella en un susurro.

Recordó los besos que se habían dado la noche anterior y sintió el impulso de volver a llevarse los dedos a los labios, pero se contuvo. Mientras el señor Morriset pasaba el rato con ella en aquella mesa bajo la sombra de un nogal, se dedicó a comentarle alguna de las ideas que tenía para el viñedo, como el cambio de turnos, y él escuchó con suma atención como lo hubiese hecho su padre si siguiese vivo, advirtiéndole de algunos fallos en su planteamiento y asintiendo con admiración y orgullo ante lo que sí le gustaba.

Alex estaba agotado, pero siguió cargando una cesta tras otra.

Recoger la cosecha era uno de los trabajos más cansados que recordaba, pero en aquellos momentos necesitaba el esfuerzo físico para no pensar en nada más. O, mejor dicho, para no pensar en ella. Aunque, por desgracia, seguía haciéndolo y con frecuencia. No podía sacársela de la cabeza y

terminaría volviéndose loco si seguía así.

En aquellas dos semanas había sentido todo tipo de emociones.

Desconcierto cuando la vio por primera vez en el despacho del señor Morriset, porque era la última persona a la que esperaba ver allí después de años de ausencia. Él había seguido acudiendo cada verano allí, aunque solo fuesen unos días cuando su madre se casó con un buen tipo y dejó de trabajar; al principio lo hizo con la esperanza de volver a encontrarse con ella y después suponía que sencillamente por la costumbre.

Después incredulidad, al ver que ella parecía odiarle.

Luego sencillamente rabia y dolor, lo que lo había hecho escudarse en su faceta más cínica, porque si ella estaba dispuesta a fingir que no se conocían, él no pensaba quedarse atrás. Puede que Allison tuviese un gran orgullo, pero Alex también tenía el suyo.

Más tarde, los celos inesperados cuando la otra noche dijo que estaba conociendo a un tipo en Nueva York. No entendió por qué el corazón empezó a latirle a lo loco, pero había algo en la expresión de ella que le indicaba que no estaba siendo sincera del todo y, hasta que él no logró adivinar la verdad, su corazón no latió de nuevo a un ritmo normal.

El accidente solo confirmó lo que ya sabía: seguía siendo la persona que más le importaba del mundo, a pesar de los años de ausencia y de todo lo malo. Aquella noche que pasó en vela frente a su cama fue reveladora para él.

Tan solo pensar que pudiese haberle ocurrido algo hacía que se le encogiese el pecho y se quedase sin respiración.

Después llegó el alivio, cuando al fin pudieron hablar y los dos supieron qué había ocurrido. La amistad. Volver a cenar con ella. El deseo cada vez que se miraban...

Pero Allison había roto aquello de nuevo.

Y él no sabía cómo se sentía al respecto. Estaba claro que ella tenía razón y que un revolcón rápido entre ellos solo complicaría las cosas, pero él la deseaba más de lo que jamás había deseado a nadie y la idea de estar cerca de Allison sin tocarla casi le resultaba dolorosa. Había algo magnético entre sus cuerpos. Algo inexplicable.

Eso a Alexandre le daba miedo.

Él solía ser sincero y afrontar los sentimientos de cara, pero cuando se trataba de Allison las cosas cambiaban. Ya había dudado aquella primera vez después de escribir docenas de cartas que terminaron en la papelera, porque mantener una relación con ella le resultaba lejano, casi como una irrealidad. Y ahora se sentía exactamente igual. Quería probarla, lamerla por todas partes. Deseaba que gimiese su nombre, hacerle el amor cada noche, pero... ahí terminaba su fantasía.

Una parte minúscula de él le gritaba que la vida les había dado una segunda oportunidad y que podían volver a intentarlo, pero Alex no se sentía

preparado para ello. Para empezar porque nunca había tenido una relación de verdad y duradera. La idea de fastidiarla y perder a Allison de nuevo no era una opción. Se había pasado sus años de juventud divirtiéndose y metiéndose en problemas, conociendo cada noche a una chica diferente y preguntándose por qué la única de la que se había enamorado ya no contestaba a sus cartas. Cada verano regresaba frustrado del viñedo y hacía lo mismo a lo largo del año, casi como una tradición; acostarse con mujeres sin nombres, salir con sus amigos, llevar una vida poco respetable que hacía que su madre no se sintiese orgullosa de él.

Hasta que un día, tumbado en la cama mientras toqueteaba su amuleto y con un dolor de cabeza tremendo tras una resaca, tomó la decisión de que tenía que cambiar. No podía seguir así. No podía seguir esperando a una chica que quizá se hubiese casado ya (aunque el mero hecho de pensarlo le dolía horrores) ni tampoco tirar su vida por la borda. Se propuso encontrar algo útil que hacer y empezó a trabajar con el propósito de ahorrar cada moneda que ganase. Cosa que hizo. Un año después, por suerte, se encontró de casualidad con el que sería su socio; un joven de grandes ideas y mente abierta con el que Alex no dudó en asociarse e invertir todo su dinero. Ahora, por fin, lo tenía todo.

Menos a ella. Seguía siendo lo único inalcanzable.

Y aunque se habían encontrado, la sentía lejos.

—¿Alex? Vaya, no esperaba encontrarte aquí...

Él cargó una última cesta en el camión y tras secarse el sudor de la frente se giró hacia el hombre de pelo canoso y mirada amable que lo contemplaba con curiosidad.

—Señor Morriset, de haber sabido que vendría...

—No te disculpes. Si te parece, ve a cambiarte para que podamos comer juntos. Me iré poco después de las tres, si el taxi que viene a recogerme es puntual.

—Claro. No tardaré —le prometió ya alejándose.

Alex se quitó la ropa llena de tierra y se metió en la ducha de inmediato. Bajo el chorro de agua caliente, intentó mantener la mente fría y dejar de pensar en el cuerpo de Allison bajo el suyo. Demonios. Era como si encajasen a la perfección y estuviese hecho por y para él. Siempre había pensado aquello. Pero ahora estaba en juego un viñedo, el sueño de su vida, y él terminaría echándolo a perder por una chica que, a fin de cuentas, hacía diez años que no veía. *Pero sigue siendo Ali*, le susurró una voz en su cabeza. Cerró los ojos con fuerza.

Tenía que conseguir como fuese volver a ser el hombre eficaz y frío de los últimos años, ese que lo había llevado hasta lo más alto y que ahora tenía una cuenta corriente envidiable.

Y el viñedo era lo que quería en esos momentos.

Alexandre se imaginaba pasando allí largas temporadas y visitando la ciudad solo para ver cómo iba el negocio y ocuparse de asuntos concretos. Ahí, en el campo, tenía todo lo que necesitaba. Apreciaba el vino como pocos hombres, le encantaban los caballos, la casa de huéspedes y hasta el trabajo físico que suponía la vida en el viñedo, incluso aunque no tuviese que hacerlo. Sencillamente le resultaba placentero.

Bajó al comedor principal cuando estuvo listo, pero Cécile le informó de que el señor Morriset había preferido reunirse con él en la terraza cerca de las bodegas. Fue hasta allí y cuando llegó descubrió que la mesa ya estaba puesta y el hombre lo esperaba mientras leía el periódico con calma. Eso era lo que él deseaba conseguir. La calma diaria.

Anne les tomó nota y les sirvió el menú del día poco después.

—Es de la cosecha del noventa y dos —le informó Morriset mientras le servía una copa de vino—. Fue un gran año, como puedes comprobar.

Alexandre oxigenó el vino antes de darle un sorbo.

—Ya lo creo que sí. Exquisito —corroboró.

—Voy a ir directo al grano, Lambert, me gusta que te impliques en las tareas físicas que requiere el viñedo y que estés acostumbrado a trabajar en este sitio. Es sin duda reconfortante conocer a un comprador que no tiene miedo de ensuciarse las manos.

—Y a mí me alegra oír eso —celebró Alex.

—Pero también me atraen las ideas que tiene Allison.

—¿Las ideas de Allison? —Frunció el ceño—. ¿Qué tipo de ideas?

—Mejoras para los empleados, cambios en el menú y en la decoración de las habitaciones, ampliación del espacio para niños... —Morriset lo miró con perspicacia, como si estuviese esperando algún tipo de reacción por su parte—. Es una mujer práctica.

—Ya lo creo que sí —farfulló Alexandre sin humor.

—¿No os lleváis bien? —preguntó el hombre.

—Algo así. Es una larga historia —resopló.

—Tengo tiempo, al menos hasta que venga el coche a recogerme. Y me encantan las historias largas, siempre tienen muchos giros —lo animó con una sonrisa.

Alexandre dudó, con la frente aún arrugada y los dedos moviéndose alrededor del tallo de su copa de cristal. Él nunca hablaba de sus problemas ni sus sentimientos con nadie que no fuese la persona a la que debiese dirigirse, pero, por alguna razón, bajo la sombra fresca de aquella terraza, la deliciosa comida y el vino, y la compañía de aquel anciano, sintió el impulso de desahogarse y dejar salir todo aquello que llevaba años guardándose.

Así que se lo contó. Cuando empezó a hablar, no pudo parar.

Fue como si una presa se estuviese desbordando.

—De modo que, como ve, nuestra relación es compleja.

—Ya veo... algo me había comentado la señorita Allison —dejó caer Morriset y en ese momento Alex se dio cuenta de que el hombre sabía más de lo que parecía—. Pareces un joven decidido e inteligente, pero ¿puedo darte un pequeño consejo, Alex?

—Claro. Le prometo que lo tendré en cuenta.

—De acuerdo. Entonces, me veo en la obligación de decirte que creo que los dos estáis cometiendo un error. Eso mismo le he dicho a ella. Cuando te haces viejo como yo y estás enfermo, es cuando, por desgracia, te das cuenta de qué es lo verdaderamente importante en esta vida. Al final nos vamos solos y lo único que nos quedan son nuestros recuerdos. ¿Te has parado alguna vez a pensar qué te llevarías tú si tu vida se acabase mañana?

Alex parpadeó sin saber qué decir.

Se concentró en su copa de vino mientras una sensación de angustia lo invadía. ¿Qué se llevaba él...? Mucho dinero acumulado en el banco después de una infancia desdichada en la que su madre se había matado a trabajar para que apenas pudiesen llegar a fin de mes. Y nada más. Porque los únicos recuerdos bonitos que conservaba eran las largas tardes que pasaba con Allison bajo el sol cálido del verano o las noches llenas de estrellas en las que los dos se tumbaban en cualquier claro y las contaban mientras hablaban entre susurros de sus sueños, de sus preocupaciones, sus miedos y todo lo que les pasaba por la cabeza.

—Yo... no sé qué decir... —Tragó con fuerza.

—No tienes que decir nada, Alexandre. Vamos, come, se te va a enfriar la comida y la salsa de esta carne es deliciosa. Ha faltado un poco de pan para rebañar bien el plato.

Alex estaba algo confuso. Bebió más vino.

—De modo que, ¿ya ha tomado una decisión?

—¿Qué decisión? —preguntó Morriset distraído.

—Sobre el viñedo. ¿A quién se lo venderá?

—Aún no lo tengo nada claro. Sinceramente, me lo estáis poniendo muy difícil; tú eres un chico honesto y trabajador, dos cualidades que desde luego valoro, y la señorita Allison es encantadora, lista y muy perspicaz, cosas a tener seriamente en cuenta...

Alexandre suspiró hondo, pensativo, y después continuó comiendo y hablando de temas más generales con el señor Morriset. Se sentía alterado y muy inquieto, como si en lugar de encontrarse dentro de una habitación ordenada estuviese en una caótica, con cada cosa fuera de su lugar. Por un instante, deseó no haber vuelto jamás a cruzarse con Allison, porque ella había puesto su mundo patas arriba y ahora no sabía cómo arreglarlo.

10

Un imprevisto delicioso

Allison se mordió el labio, insegura. Últimamente siempre se sentía así. Daba igual cuánto pensase en ello o lo mucho que se propusiese pasar página, la incertidumbre estaba presente cada segundo del día, desde que se levantaba hasta que se acostaba. Era frustrante.

Le dijo eso mismo a Emma por teléfono.

—Y encima tengo que verlo a todas horas.

—Te quejarás, teniendo en cuenta que el chico está de *toma pan y moja*.

Voy a decirte una cosa porque soy tu amiga y te quiero, Allison. Creo que estás desperdiciando las oportunidades que la vida te regala. Ese chico te besó bajo la luz de las estrellas y tú te apartaste cuando estás loca por él, ¿qué demonios es lo que te pasa, cielo?

—Me pasa que tengo dos dedos de frente.

—Eso es lo malo. Escúchame. Sé que tus padres murieron cuando tú solo tenías dieciséis años y eras una niña y entiendo que te hiciste cargo de responsabilidades que no te correspondían. Tuviste que madurar pronto. Pero por eso mismo creo que es terrible que estés tirando por la borda la

posibilidad de, por una vez, pensar solo en ti misma y en qué es lo que te apetece. ¿Quieres un revolcón con ese chico? ¡Pues hazlo! ¿Por qué no?

—¡Porque estuve enamorada de él! —gritó enfadada.

Porque quizá aún *estoy* enamorada de él, se dijo.

—¿Y? Razón de más, no vas a hacerlo con alguien que no te guste. Ahora en serio, Allison, deberías dejarte llevar. Tú sabes mejor que nadie que vas a tener ahí clavada esa espinita para siempre. Si él puede comportarse como un adulto y disfrutar de un rato divertido de sexo, ¿por qué tú no? Ya no eres la niña que se despidió de él hace diez años.

—Lo sé... —susurró pensativa y algo triste.

Cuando colgó, se dio cuenta de que su amiga tenía razón. Tenía veintiséis años. La otra noche había deseado desesperadamente sentir de nuevo a Alex en su interior, aferrarse a su cuerpo, recorrer la piel de su espalda con los dedos...

Pero se lo había impedido a sí misma. Por miedo.

Siempre era así. Se adelantaba a lo que podía ocurrir y terminaba por no hacer aquello que de verdad quería porque algo pudiese salir mal o por cualquier otra razón.

Se levantó contrariada y dejó el teléfono encima de la mesa. Ya había anochecido. Aquel día había cenado temprano, en torno a las siete de la tarde, y ahora estaba aburrida en su habitación, sin saber qué hacer. O, por

desgracia, sin hacer lo que realmente deseaba hacer. Si hubiese tenido una máquina con la que conseguir después volver atrás en el tiempo y hacer que nadie recordase lo ocurrido, ya estaría en la habitación de Alexandre.

Aunque, a fin de cuentas, ¿quién se lo impedía?

Desde luego, él seguía estando más que dispuesto...

Respiró hondo, intranquila. Después se metió en la ducha con la esperanza de que el agua caliente le aclarase las ideas, pero cuando salió seguía igual de confundida. Ojalá hubiese tenido una margarita a mano para quitarle las hojas y tomar así una decisión, sí o no. De pequeña le encantaba hacer eso tanto como a Alexandre le gustaba burlarse de ella cuando la veía deshojando a la pobre flor. Se puso el albornoz y se miró en el espejo. Se había recogido el pelo en un moño que terminó soltándose en ese momento.

¿Y si...? ¿Y si hacía una locura?

En su vida nunca había imprevistos.

Pero Alexandre había sido uno, claro.

Contempló a la chica que le devolvía el reflejo a través del espejo y tomó una decisión sin necesidad de margaritas ni de llamar de nuevo a Emma, que siempre estaba ahí para darle un último empujón. Se peinó los mechones rubios con la punta de los dedos y se anudó el albornoz antes de salir del baño y coger las llaves de la repisa de la entrada.

Salió de la habitación y miró a ambos lados del pasillo.

No había nadie a la vista cuando dio un paso al frente y avanzó hasta ir dos puertas más allá. El corazón le latía con tanta fuerza contra las costillas que casi podía escucharlo en los oídos. Llamó con los nudillos y esperó con impaciencia mientras se debatía entre si dar media vuelta o seguir adelante con su plan descabellado, ese que de repente le parecía casi ridículo y propio de una adolescente más que de una mujer responsable y madura.

Alexandre abrió la puerta y la miró sorprendido.

—¿Puedo ayudarte en...?

Dejó de hablar cuando ella entró en su dormitorio sin mediar palabra y cerró la puerta a su espalda. Allison hizo acopio de toda su determinación cuando se desabrochó el albornoz y lo dejó caer al suelo, quedándose completamente desnuda delante de él.

Alexandre ahogó un gruñido mientras sus ojos azules la recorrían de arriba abajo, incapaz de apartar la vista de las curvas de Allison. Respiró hondo, alterado. No tenía ni idea de qué significaba aquello, pero tampoco podía pensar. Fue como si todas sus neuronas muriesen en el acto y solo era consciente de que casi le dolían las yemas de los dedos de las ganas que tenía de tocarla y hacerla suya en ese mismo instante.

Se contuvo como pudo, con el pulso acelerado.

—Allison, ¿qué se supone que significa esto?

Ella no habló. Tan solo dio un paso al frente hasta estar delante de él y

luego le rodeó el cuello con las manos antes de besarlo en los labios. Alexandre abrió la boca y dejó que sus lenguas se encontrasen a medio camino, reconociéndose después del beso de la pasada noche. Sus sentidos se nublaron. Sintió que todo lo demás, todo lo que no fuese ella, dejaba de tener importancia de repente. Le acarició la espalda desnuda con las palmas de las manos y bajó peligrosamente hasta sus nalgas.

—¿Pretendes volverme loco? ¿Es eso?

—Supongo que sería lo justo...

—¿Por qué lo crees? —preguntó.

—Porque no todos los días acabo presentándome desnuda en la habitación de un hombre que me rompió el corazón hace diez años —le resumió, todavía nerviosa—. Pero quiero esto —reconoció después—. Quiero recordar cómo era estar contigo ahora que somos adultos y ninguno de los dos espera nada del otro.

Esa última frase se le clavó a él en el alma. La meditó despacio. A todos los efectos, era un buen argumento y debería sentirse aliviado, pero, por el contrario, más bien lo cabreaba. Él sí que esperaba cosas de ella. Esperaba tenerla así en su cama, desnuda, pero no solo aquel día, sino cada noche. Esperaba un montón de momentos futuros junto a ella. Esperaba que volviese a ser su mejor amiga y poder abrirse de nuevo ante alguien...

—¿Eso es lo que crees? —Le alzó la barbilla para poder mirarla.

Allison se sentía indefensa delante de él, sin ropa, cuando Alex seguía completamente vestido y dirigiéndole una mirada dura y cargada de algo que no supo descifrar.

—¿De verdad quieres perder ahora el tiempo hablando...? —Bajó las manos por su torso hasta llegar al cinturón y empezó a desabrocharlo con manos hábiles. Sus dedos encontraron los botones del pantalón vaquero y rozaron su erección, ante lo que él ahogó un suspiro entrecortado y maldijo por lo bajo—. Porque se me ocurren muchas cosas mejores que podemos hacer. Eso era lo que querías la otra noche, ¿no?

Comenzó a quitarle la camisa, empezando a desabrochársela por abajo y ascendiendo lentamente. Alexandre mantuvo los ojos clavados en los de ella, incapaz de dejar de mirarla. Allison, por el contrario, estaba ensimismada contemplando su torso plano, el ligero vello que crecía formando una línea que se perdía bajo los vaqueros a medio quitar, la piel tersa y... su cuello, la fina cadena que colgaba y reposaba justo encima de su pecho.

Ella apartó las manos de golpe y dio un paso hacia atrás.

Tomó una brusca respiración, todavía con la vista clavada en ese anillo que conocía tan bien y que él llevaba oculto bajo la ropa, colgado de una cadena plateada.

Ella misma se lo había regalado el día que se despidieron.

—Alexandre... —susurró sin aliento, casi temblando.

Él lo entendió en seguida y avanzó hasta ella para poder abrazarla. Sus cuerpos se encontraron y tuvo que hacer el esfuerzo de su vida para no cargarla en el mismo instante en el que sintió su piel contra la suya y dejarla caer sobre la cama. Porque ahora sí que estaba perdido. Y excitado. Muy excitado. Ni mil noches podrían aliviar aquel deseo.

—Lo guardaste —dijo ella bajito contra su pecho.

—Era mi amuleto, sí. —La cogió por las mejillas para obligarla a mirarlo. Ella tenía los ojos húmedos y brillantes—. Espero que con esto entiendas lo importante que fuiste para mí, Ali. Cada vez que me sentía perdido, cada vez que no sabía quién era... pensaba en ti. Y sé que todo salió mal entre nosotros, pero lo que tuvimos fue real.

—Ya lo sé —admitió llorando.

—Y esto también es real —dijo antes de cubrir su boca con la suya y llevarse el jadeo entrecortado de la chica. Se despojó de la camisa y de los pantalones mientras los dos se movían por la habitación hasta llegar a la mullida cama que estaba en el centro.

Alex la tumbó allí y se tomó unos minutos para contemplarla ensimismado. Atrapó el pie de ella con la mano y lo mantuvo quieto mientras le besaba el tobillo y luego avanzaba lentamente por su rodilla y por el muslo. Cuando la miró, Allison descubrió que sus ojos se habían tornado de un azul oscuro cargado de intenciones.

—Abre las piernas —le ordenó con la voz ronca.

—Alexandre... —replicó incómoda e insegura.

—Hazlo —insistió, consiguiendo que obedeciese.

Allison se había acostado con pocos hombres a lo largo de su vida y desde luego ninguno la había mirado de aquella forma, como si desease devorarla entera. Siempre había sido sexo tranquilo y agradable, pero nada explosivo como a veces Emma solía relatarle contándole sus ligues de una noche. Sin embargo, con Alex todo era distinto. La manera en la que la contemplaba, sus gestos de contención profunda, el azul oscurecido de sus ojos...

Se estremeció cuando la boca de él abandonó su muslo y se posó directamente en el vértice de su sexo. Tuvo el impulso de apartarse, pero él la retuvo contra el colchón sujetándola por las piernas y mirándola mientras sus labios le hacían ver las estrellas y más allá, porque Allison nunca había sentido un placer semejante a aquel. Aferró las sábanas con las manos y terminó alcanzando el orgasmo con un gemido ensordecedor.

Él sonrió satisfecho antes de trepar por su cuerpo como un gato perezoso y recorrerla de arriba abajo con las manos. Le dio un beso largo y Allison enredó sus dedos en el pelo de él, tirando con suavidad para que se apartase y pudiese pedirle que lo hiciese de una vez, porque deseaba sentirlo en su interior, que volviesen a encajar como aquel lejano día.

—No puedo aguantar más —le susurró.

—Puedes. Yo llevo deseando hacer esto desde el día que te vi en las bodegas —dijo mientras una de sus manos le acariciaba un pecho—. ¿No te lo he contado? Me puse duro en cuanto te vi y lo único en lo que pude pensar durante toda la conversación fue en quitarte la ropa y en besarte, porque seguro que sabrías a ese whisky que te estabas tomando. Llevo tantos años pensando en ti, Allison...

Lo dijo como si le doliese más que le complaciese.

Pero ella entendía muy bien ese sentimiento. Era una mezcla entre cariño y deseo, pero también desesperación al sentir que nada le haría nunca sombra. Ella no podía imaginarse conociendo a otro hombre que despertase aquellas sensaciones en su cuerpo. Quizá a uno con el que pudiese ser feliz y vivir una vida medianamente tranquila, sí, pero no se le parecería a él. No le aceleraría el corazón con una sola mirada ni guardaría recuerdos de su infancia. De algún modo, esas emociones platónicas le pertenecían a Alexandre.

—¿En qué estás pensando? —preguntó él mientras su sexo rozaba su entrada con suavidad y ella se estremecía—. Dímelo, Allison. Por favor...

—En nosotros. Que siempre será diferente.

—Ya lo sé. —Le besó el hueco de la garganta.

Alex cogió un preservativo de la cartera que tenía en la mesita de noche y se lo puso al tiempo que ella le instaba a darse más prisa. Cuando lo hizo, la cogió de las muñecas y le sujetó los brazos sobre la cabeza sin dejar de

mirarla a los ojos. Se hundió en ella con fuerza. No hubo preliminares ni más caricias ni más palabras. Solo sus cuerpos moviéndose al ritmo de sus embestidas profundas, el calor y los gemidos ahogados de ambos inundando la habitación. Una muy parecida a la que la primera vez fue testigo de aquello.

Ahora era muy diferente. Ahora Alex sentía que necesitaba saciarse de ella y que, muy a su pesar, no iba a conseguirlo. Daba igual con cuanta fuerza resbalase en su interior o que Allison le estuviese dejando marcas en la espalda y susurrando su nombre contra su pecho. Sencillamente quería más. Y le enfadaba pensar que no iba a tenerla, que ella seguiría siendo inalcanzable siempre, incluso aunque sus cuerpos estuviesen compartiendo el mismo sudor.

Cuando una oleada de placer lo atravesó, gruñó entre dientes y se dejó ir.

—Dios mío —susurró apartándose de ella.

—¿Qué ocurre? Alexandre...

Allison se tapó con la sábana mientras él se levantaba con la mirada perdida y entraba en el cuarto de baño. Cerró la puerta e intentó que el ritmo de sus pulsaciones regresase a la normalidad tras tirar el preservativo a la basura y coger una toalla.

Respiró profundamente. Estaba asustado. Muy asustado.

Porque acababa de darse cuenta de que estaba enamorado de Allison. Y no

era un sentimiento fugaz que pudiese hacer desaparecer largándose de allí o buscando la compañía de cualquier otra mujer, era un sentimiento tan arraigado en él que probablemente llevaba allí media vida, desde que era tan joven que ni siquiera podía entenderlo.

Se lavó la cara con las manos e intentó calmarse.

Sabía que, si le decía aquello mismo a Allison, ella saldría despavorida de su vida. La conocía bien. Tenía tanto o más miedo que él, porque había perdido a todas las personas que algún día le habían importado y, además, también entraba en juego su orgullo. Así que se propuso seguir una estrategia, hacer las cosas despacio y paso a paso. No sabía cómo, pero conseguiría que ella entrase en razón y que entendiese que aquello no podía ser casualidad: se habían cruzado años después y los dos buscaban lo mismo, vivir en el viñedo. Entonces, ¿por qué no podían seguir ese plan juntos en lugar de por separado?

Salió del cuarto de baño cuando consiguió dominarse, porque la sensación de su cuerpo pegado a las líneas suaves de ella lo había desestabilizado.

—¿Todo bien? —preguntó Allison desde la cama.

Parecía temerosa y lo miraba con desconfianza.

Su Allison, siempre intentando anticiparse...

—Sí. —Se metió bajo las sábanas junto a ella.

Antes de que pudiese intentar escapar, la atrajo hacia él y la abrazó. Se

quedaron callados unos segundos, escuchando el rítmico latir del corazón del otro.

—Creo que debería marcharme ya —dijo Allison.

—Yo creo que deberías quedarte a dormir.

—Alexandre... tú lo dijiste, somos adultos...

Ya, pero cuando había dicho eso aún intentaba controlar la situación y había sido un idiota al pensar que podría esconderse de lo que sentía por Allison. Ahora se daba cuenta de que era una batalla que había perdido incluso antes de que esta diese comienzo.

—Quiero tenerte para mí toda la noche —le susurró al oído y ella se estremeció—. ¿Qué pasa si me despierto a las tres de la mañana y me apetece lamerte entera? Dime.

—Que deberías bajar a buscar un helado, por ejemplo.

Alex se echó a reír y ella lo imitó antes de sucumbir a la tentación y verse aprisionada entre aquellos brazos fuertes y masculinos. Él olía tan bien que a ella le costaba concentrarse a veces en lo que decía, porque su aroma era delicioso y cada vez que recordaba la sensación de sentirlo moverse en su interior, le entraba un cosquilleo en todo el cuerpo y deseaba poder repetirlo de nuevo. Después de haberse presentado en su puerta con un albornoz y desnuda debajo, ¿qué más daba ya quedarse un poco más?

Se dijo eso mientras se acurrucaba junto a él.

Cuando pasó un rato, su voz llenó la estancia.

—No me has contado cómo murieron tus padres.

—Es que no me gusta hablar de eso... —admitió.

—Ojalá hubiese estado allí —le dio un beso en la frente.

Hubo un silencio antes de que ella se decidiese a hablar, quizás fue porque él no la forzó a hacerlo ni insistió más o porque necesitaba contárselo porque, años atrás, Alexandre había sido su mejor amigo, ese al que se lo decía todo... menos que estaba enamorada de él. Aquello había surgido casi sin querer, cuando él encontró su diario una tarde y vio un montón de corazones con su nombre en una hoja en blanco. Lo que casi fue un golpe de suerte porque, de no ser por aquel percance, ella jamás se hubiese atrevido a confesárselo y él parecía sentirse igual de inseguro cuando aún era joven e inexperto.

—Fue en una excursión. Un amigo de mi padre lo invitó a dar una vuelta en su avioneta y a ellos les encantó la idea. Yo también iba a ir, pero en el último momento, justo antes de salir de casa, empecé a encontrarme mal y decidí quedarme y ver una película en el sofá.

—Gracias a Dios, Ali... —se le escapó a él con el corazón encogido. Si ella hubiese subido a ese helicóptero... No quería ni pensarlo...—. Debió de ser terrible, joder.

—Sí. La policía vino a casa y me dijo que habían sufrido un accidente.

Murieron en el acto. Mi tía intentó coger el primer vuelo que salía, pero habían nevadas en Nueva York y el tráfico aéreo y muchas carreteras estaban cortadas así que... me hice cargo de todo, del funeral, de hablar con el abogado, de organizar las cosas...

Alexandre la abrazó con más fuerza. Pensó en esa niña que él había conocido de dieciséis años y no quiso ni imaginar lo que habría supuesto aquello para ella, porque, aunque Allison siempre había sido inteligente y avispada, también había sido una chica inocente y a veces incluso un poco infantil a causa de ser hija única y tener unos padres que la adoraban y la consentían a menudo, incluso aunque no fuese especialmente caprichosa.

—Aún los echo de menos —admitió mientras se giraba hacia él y sus dedos alcanzaban el anillo que colgaba de su cuello—. La gente dice que el tiempo lo cura todo, pero creo que hay algunas cosas que nunca lo hacen. Como su muerte. O como... —se calló, incapaz de terminar la frase. Quería decirle “*o como tú*”, porque era cierto, el tiempo no había cerrado la herida que Alex había sido para ella. Toqueteó el anillo distraída—. ¿Sabes una cosa? No era ninguna baratija, en realidad era un anillo que las mujeres de mi familia conservan desde hace varias generaciones. Mi madre me lo dio a mí. Y yo... quise que lo tuvieses tú.

—Joder, Allison. No lo sabía.

Alex alzó las manos para desabrocharse la cadena de inmediato al

descubrir aquello, pero ella se lo impidió sujetándole del brazo y mirándolo a los ojos.

—No, quédatelo. Ahora es tuyo.

—Ali, no me digas eso... —rogó.

—Lo digo en serio. Te lo di porque en ese momento lo sentí así y, después de tantos años, creo que no me equivoqué. Te dije que daba suerte, ¿recuerdas?

—Lo sé. Era mi amuleto.

—Yo pienso que funciona.

Alexandre sonrió y volvió a besarla en los labios. Ella se acomodó contra su pecho y pasados unos segundos de silencio, volvió a hablar con inseguridad.

—¿Qué vamos a hacer, Alex? —preguntó.

—No lo sé. Quizás deberíamos improvisar.

—Quizás. —Ella sonrió al recordar que esa era la palabra que se había colado en su cabeza cuando decidió que era una buena idea presentarse desnuda en su puerta.

Un imprevisto delicioso, puntualizó cuando él posó su boca en su cuello.

El sabor de la traición

Durante los siguientes tres días, apenas salieron de la habitación. Alexandre se había propuesto conseguir que Allison lo necesitase tanto como él la necesitaba a ella. Y lo estaba consiguiendo. Porque ella pensaba que sus besos eran tan adictivos como recordaba y no había nada más placentero que despertarse cada mañana a su lado, sintiendo sus manos ya recorriendo su cuerpo y buscándola antes de hacerle el amor con lentitud para empezar el día. ¿Quién podía resistirse a eso? Alex esperaba que, en algún momento, entre las conversaciones y las caricias que estaban compartiendo, Allison entendiese que estaban hechos el uno para el otro, que siempre lo habían estado pese a todos los inconvenientes.

Pero, por desgracia, esa mañana tenía algo que hacer.

Lo tenía todo preparado. Esperaba que fuese la prueba definitiva que ella necesitaba para darse cuenta de que aquella vez iba en serio, la vida les había dado otra oportunidad.

—¿A dónde vas? —preguntó ella somnolienta mientras él se vestía.

—Tengo cosas que hacer en el pueblo.

—¿Qué cosas? —insistió bostezando.

—Cosas. Como comprar un cargador nuevo para mi portátil y hablar con el seguro de la empresa de alquiler de coches, que sigue dándome problemas —mintió.

Ella lo miró y sonrió, ajena a todo. Alzó una ceja.

—¿Y piensas irte así, sin despedirte? Tú te lo pierdes.

Alexandre frunció el ceño mientras ella reía juguetona y antes de que pudiese meterse en el baño con la sábana arrugada alrededor de su cuerpo, él la atrapó y la llevó en brazos de nuevo hasta la cama. La retuvo contra el colchón aprisionándola con su cuerpo.

—Así que esas tenemos —bromeó arrancándole la sábana de un tirón—. Déjame ver qué escondes aquí... —susurró antes de atrapar un pezón con la boca y conseguir que ella jadease de placer y arquease su cuerpo con suavidad, enloqueciéndolo.

Iba a llegar tarde y lo que tenía que hacer era de suma importancia, pero Alex no pudo reprimir el impulso de quitarse los pantalones que acababa de abrocharse y hundirse en ella rápido y con fuerza, casi de una manera salvaje, como si buscara saciarse a la desesperada.

—Más deprisa —pidió ella en su oído y eso pareció desatar el poco control que aún le quedaba, porque las embestidas se volvieron intensas y profundas.

Terminaron a la vez ahogando un gemido en los labios del otro.

Allison nunca se había sentido así con un hombre. Durante aquellos tres días, había descubierto cosas que no había experimentado con nadie más. Cuando estaba con Alexandre no le daba vergüenza pedirle lo que quería, gemir en voz alta o quedarse desnuda durante horas mientras él la recorría con las manos como si quisiese memorizarla.

Todo había cambiado tanto y tan rápido...

Sabía que el final llegaría pronto, porque él no le había prometido nada ni había intentado siquiera que hablasen de lo que estaba ocurriendo entre ellos. Pero, mientras tanto, deseaba disfrutar del momento. O eso era lo que le había asegurado a Emma cuando había hablado con ella la pasada noche tras escaparse un rato. En el fondo, ella sabía que se estaba hundiendo en el fango hasta el fondo y que, cuando aquello terminase (que terminaría y pronto), acabaría con el corazón destrozado.

Y aun así pensaba que valía la pena.

—Podrías comprarme esos caramelos que me gustan, los de frambuesa, ya que vas al pueblo. Y quizá algún libro de la papelería, he terminado todos los que traje —dijo.

—¿Qué tipo de libro? —preguntó él sonriéndole.

—Ya sabes, alguno entretenido —contestó sin entrar en detalles.

—¿De esos que tienen en la portada a un chico descamisado?

—Por ejemplo, sí. —Allison se echó a reír y se metió en el baño.

Ella estaba ya bajo la ducha del agua caliente cuando Alex pasó por allí, abrió la cortina y le dio un beso a riesgo de mojarse para despedirse de ella. Sonrió mientras lo escuchaba marcharse y después terminó de lavarse en pelo, peinárselo y secárselo.

Cuando bajó al comedor para desayunar, algunos empleados estaban hablando en susurros formando un corrillo alrededor del mueble de recepción. Apenas atisbó a ver la cabeza de Cécile antes de dirigirse hacia allí con curiosidad.

—¿Qué está ocurriendo? —preguntó interviniendo.

—Erh... nada —repuso rápidamente Anne.

Pero tenía las mejillas sonrojadas. Y mentía.

—No parece ser *nada* si resulta tan interesante.

—Es solo que... bueno... —Beatrice la miró sin mucha amabilidad. Ella siempre había sospechado que su interés por Alex hacía que no la tratase precisamente con simpatía—. Al parecer, Morriset ya ha decidido el futuro del viñedo. Su sobrino ha llamado a recepción preguntando por él y parecía enfadado porque, por lo visto, se había enterado de que hoy firmaba un precontrato de venta. Siento que tengas que enterarte así, Allison.

No parecía sentirlo en absoluto, pero a ella eso le dio igual. Lo único en lo que podía pensar era en Alexandre, en que esa mañana tenía que ir al pueblo por primera vez en semanas, en que le había dicho que solo iba a hacer *cosas*

y evidentemente en que le había mentido. Otra vez. De algún modo retorcido e incomprensible se encontraba en la misma situación que diez años atrás, atrapada por confiar en ese hombre de ojos azules...

—Lo siento, tengo... he olvidado algo en la habitación...

No era cierto, pero necesitaba escapar de allí con urgencia.

Cécile pareció darse cuenta de ello y la siguió escaleras arriba. Cuando entró en su dormitorio, la recepcionista se coló tras ella e impidió que cerrase la puerta. Allison no podía respirar. Tenía un nudo intenso en la garganta y los ojos anegados de lágrimas.

Vale que lo que habían tenido aquellos días tenía que terminar en algún momento, pero ella no esperaba que ocurriese así, abruptamente y con mentiras de por medio. ¿Por qué no podía haberle dicho la verdad? *“Allison, voy a quedarme con el viñedo. Ha sido un placer competir contigo”*. Tan sencillo como eso y ella se habría marchado de allí con la dignidad intacta y la cabeza bien alta. Al fin y al cabo, su vida en Nueva York estaba en pausa, pero tenía un diminuto apartamento alquilado y un trabajo que le gustaba bastante.

—Allison, cielo, cálmate. Estás muy alterada.

—Y no es para menos —rugió enfadada.

—Pero quizás sea un error. El sobrino del señor Morriset es un tipo de lo más desagradable; en una ocasión vino un par de días y terminó haciendo

llorar a Anne solo porque el café que le sirvió estaba un poco frío —continuó Cécile siguiéndola por la habitación mientras ella abría el armario—. ¿Qué estás haciendo con esa maleta?

—Me marcho —se limitó a contestar.

—¡No puedes hacer eso! Ali, espera.

—Cécile, ha sido un placer conocerte, de verdad, eres encantadora y, aunque no me ha elegido a mí, Morriset me aseguró que llevarían a cabo una revisión de tu jornada y de las de los demás empleados, así que espero que en el futuro puedas tener un horario mejor y pasar más tiempo con tu hijo. Te agradezco tu amabilidad estas semanas que he pasado aquí, pero ahora tengo que irme. Antes de que vuelva —añadió y no hizo falta que especificase a quién se estaba refiriendo en particular. Cécile conocía la historia.

—¿No vas a despedirte de él? —preguntó cohibida.

—Es la segunda vez que me traiciona, Cécile.

—Entiendo... —contestó en un susurro bajo.

Después de aquella explicación, la chica ya no intentó convencerla más de que se quedase y, en cambio, se limitó a ayudarla a hacer las maletas en silencio. Cuando terminó de recoger todas sus cosas, Allison le pidió que la dejase diez minutos a solas para dar una vuelta por el viñedo. Lo hizo. Mientras recorría cada rincón de aquel sitio y rememoraba los momentos felices que había pasado allí con sus padres y (muy a su pesar) también con

Alex, sonrió con nostalgia. Luego se dio la vuelta y decidió que, definitivamente, había llegado el momento de dejarlos atrás y, aquella vez, sería para siempre.

Antes de salir del dormitorio había llamado a Gautier, el taxista que la había recogido del aeropuerto y le había dado su tarjeta, así que cuando bajó cargada con las maletas, él ya estaba esperándola tras la verja de la entrada. Se dirigió hacia allí y aceptó su ayuda para cargar el equipaje en el maletero. Después subió en la parte de atrás.

Conforme se alejaban y el viñedo y todos sus sueños quedaban atrás, Allison permitió al fin que las lágrimas aflorasen y se escurriesen por sus mejillas. Gautier no dijo nada, pero cuando pararon en un semáforo próximo al aeropuerto, le tendió un pañuelo de papel y le dirigió una mirada compasiva a través del espejo retrovisor. Ella lo aceptó agradecida.

Alex se sentía pletórico. Más feliz que nunca.

Desde que la idea se le había ocurrido, no había podido sacársela de la cabeza hasta llevarla a cabo y, dos días atrás, había llamado al señor Morriset, que estuvo dispuesto a escucharlo con atención antes de aceptar la propuesta y acordar reunirse con él.

Y ahora allí estaba, regresando con una sonrisa en la cara y el corazón

saltándole en el pecho. Al menos hasta que cruzó la verja de la entrada y vio el rostro de la recepcionista. Cécile lo miró con las cejas muy juntas, masticando chicle, y no parecía contenta, no.

—¿Ocurre algo? —preguntó él apoyando un brazo en el mostrador.

—No lo sé, dímelo tú. Aunque supongo que, en realidad, debería darte la enhorabuena y empezar a llamarte *jefe* —contestó sin mostrarse muy satisfecha.

—¿Cómo sabes eso? ¿Qué ha pasado?

—Llamó el sobrino del señor Morriset buscando a su tío y terriblemente enfadado al saber que por fin se había decidido a vender el viñedo. Así que todos saben ya la noticia.

—¿Todos...? —Alexandre dejó la pregunta en el aire.

—Sí, ella también. —Había enfado en la voz de Cécile.

—¡Joder, maldita sea! —Alexandre dio un paso al frente.

—No hace falta que corras, se fue hace ya un par de horas.

Él frenó en seco, con el corazón latiéndole con fuerza en el pecho y el miedo apoderándose de cada parte de su cuerpo. Miró a Cécile mientras contenía el aliento.

—¿Se fue? ¿A dónde? —preguntó alzando la voz.

—A casa, supongo. En dirección al aeropuerto.

—¡Mierda! —Alex salió de allí corriendo, aunque una parte de él, una muy

pequeña, ya sabía que no iba a conseguir dar con ella cuando llegase hasta el aeropuerto. Le sacaba horas de ventaja y casi todos los vuelos que salían hacían escala para Nueva York.

La había vuelto a perder. Otra vez. Maldita fuese.

Las cartas de Alexandre

Llevaba una semana compadeciéndose de sí misma y hecha un ovillo en el sofá. Se había alimentado a base de helado, patatas fritas y pizza por encargo, pero seguía sintiéndose igual de triste y desdichada. Mientras se movía del sofá a la cama y de la cama al sofá entre las continuas visitas de su amiga Emma, lo único que ocupaba sus pensamientos era él. Daba igual que estuviese viendo la televisión, su cabeza iba por libre y siempre terminaba en el mismo punto: sus cuerpos entrelazados y juntos durante aquellos días, lo sincera que parecía su sonrisa y lo mucho que sus ojos decían sin palabras. O eso creía ella, claro. Se había equivocado, como de costumbre. Había terminado casi como empezó: sin el viñedo, anclada en su vida gris de Nueva York y con cero aspiraciones a la vista.

Sin embargo, Emma insistía en que tenía que salir de casa.

—No puedes quedarte entre esas cuatro paredes eternamente, ¿hasta cuándo decías que te habían dado esas vacaciones? No me puedo creer que tuvieses tantos días acumulados.

—Es el resultado de mi patética existencia, sí.

—Allison, no digas eso ni en broma. ¿Sabes una cosa? Esta noche vamos a salir, en cuanto acabe en el trabajo quiero que estés lista esperándome en tu piso, ¿me has oído?

—Suenan tan apetecible como ir al dentista. De verdad, Emma, te agradezco todo tu esfuerzo, pero ahora mismo solo quiero quedarme en la cama como una marmota.

—Las marmotas tienen una vida más interesante que la tuya.

—Eso no ayuda, ciertamente —puntualizó sin humor.

—Estaba bromeando, es que quiero que te dé el aire.

—Uhm, ahora que lo dices... quizás me dé una vuelta —comentó distraída mientras encendía el ordenador para buscar qué línea de autobús conectaba con Boston—. Sí, puede que pase unos días fuera. Creo que me irá bien para reencontrarme conmigo misma.

—¿Qué estás diciendo? Vamos, sé que escondes algo.

—Quiero volver a la casa en la que viví...

—Cielo, ¿por qué deseas torturarte así?

—No es una tortura, guardo muy buenos recuerdos de allí y, además, no, déjalo, es una tontería. —Sacudió la cabeza—. Sencillamente creo que me irá bien. Será algo distinto.

—Y tanto. Pero cuéntame qué te estás callando.

—Como te dije, Alexandre sí me escribió, pero...

—¡Por lo que más quieras! No me digas que quieres ir a buscar las cartas de ese chico. Tienes que sacártelo de la cabeza, Allison. Esa obsesión no puede ser buena...

—Ya lo sé. Y, créeme, definitivamente ha quedado atrás.

—No lo entiendo —resopló Emma contrariada.

—Pero eres mi amiga y me quieres —repuso.

—No me digas que me estás pidiendo que te acompañe.

—Te estoy pidiendo que sigas siendo mi amiga incluso cuando no me soporto ni yo misma ni entiendo en qué narices estoy pensando —suplicó como una niña pequeña.

No podía ver a Emma a través del teléfono, pero sabía que estaba sonriendo a pesar de que su idea era un disparate. Y, en efecto, terminó accediendo a acompañarla en aquella aventura que llevaba años posponiendo y que, de repente, necesitaba hacer.

El sábado por la mañana alquilaron un coche y pusieron rumbo a las afueras de Boston. No quedaba demasiado lejos, tan solo unas horas en la carretera, pero Allison estaba tan nerviosa que se sentía como si fuesen a viajar hasta Canadá. No dejaba de frotarse las manos en los vaqueros o cambiar la emisora de la radio, hasta que Emma le dio un brusco manotazo y le pidió que, por favor, parase hacer aquello. Obedeció de inmediato.

Cuando llegaron al barrio residencial en el que ella había crecido, se dio

cuenta de que todo había cambiado mucho, pero, aún así, seguía siendo el mismo lugar. Las casas adosadas y simétricas, las calles amplias y franqueadas por árboles y el cartero caminando de puerta en puerta con una sonrisa amable en los labios.

Allí había sido feliz. Había pasado en esas calles dieciséis inviernos y había tenido una infancia alegre y plena junto a dos padres maravillosos que se habían ido demasiado pronto.

—¿Seguro que estás bien? —le preguntó Emma preocupada mientras caminaban por la acera y ella hacía un esfuerzo para no echarse a llorar.

—Sí, es que me trae muchos recuerdos.

—Ya me imagino. —Su amiga suspiró.

—Vivía en esa casa de ahí. La roja.

Avanzaron hasta la verja y se quedaron quietas, delante. Emma la cogió del brazo y le dirigió una sonrisa antes de señalar con la cabeza la puerta principal.

—¿No deberíamos llamar? —preguntó.

—No creo que sea lo más normal.

—A mí me parecería bonito. Seguro que no les importará. —Antes de que ella pudiese impedirselo, su amiga subió los escalones de la entrada y apretó el timbre. Una mujer de unos cincuenta y tantos años abrió y le sonrió con curiosidad—. Buenas tardes. Verá, señora, pasábamos por aquí porque hace

años mi amiga vivía justo en esta casa y le ha traído viejos recuerdos visitar la urbanización...

—Oh, me acuerdo de ti —dijo señalando a Allison.

Ella, en cambio, no lo hacía. Aquellos días en los que se decidió que vendería la casa habían sido tan confusos y difíciles, que su memoria había borrado buena parte.

—Estabas muy triste, fue una situación complicada, sí. ¿Queréis pasar a tomar algo? Tengo té y café, pero puedo ofrecer algo más si os esperáis a que mi marido vuelva de hacer la compra... —Se apartó de la puerta y ellas entraron.

Allison no podía parar de mirar a su alrededor con el estómago encogido por las emociones que la asaltaban. En esa alfombra había jugado con su padre durante horas, en la pared de allá habían tallado la marca de lo que iba creciendo cada año...

—Una de las cosas que nos preguntábamos es si usted recibió cartas poco después de que comprase la casa. Resulta que algunas personas siguieron escribiendo a la dirección antigua y entonces... —empezó a explicar Emma con su soltura habitual.

—Ah, sí, recuerdo las cartas. Claro. Las guardé.

—¿Lo dice en serio? —Allison se giró de golpe.

—Sí, debo de tenerlas en el desván. Esperad.

Se miraron nerviosas en el salón mientras la mujer desaparecía escaleras abajo. Cuando regresó casi diez minutos más tarde, lo hizo con un saquito de cartas en la mano que abultaba más de lo que Allison había esperado. Santo Dios, ¿durante cuánto tiempo había seguido escribiéndole Alexandre? ¿Y con qué propósito teniendo en cuenta lo poco que le importaba?

No entendía nada. Solo quería llorar...

Consiguió mantenerse serena mientras se tomaban el té que había preparado la mujer, para no hacerle el feo, pero, en cuanto se lo acabaron, salió de allí casi caminando a trompicones y se dirigieron hacia el coche que habían aparcado unas calles más allá. Una vez dentro, mientras Emma ponía el vehículo en marcha y regresaba hacia casa, ella desató el cordel que mantenía unidas las cartas y buscó la primera, esa que había llegado en enero de 1994. Respiró profundamente antes de sacar el valor para leerla.

Su caligrafía era algo irregular e imprecisa.

Querida Allison,

No sé qué decir. Supongo que un “lo siento” no bastará para que me perdones por estos meses de ausencia. No sabía qué hacer. Me sentía confundido sobre nosotros, tanto por ti como por mí. No podía dejar de pensar que era imposible que esto saliese bien y me daba miedo terminar comprobándolo, así que creí que no hacer nada sería mejor. Eso y que he

empezado más de una veintena de cartas que al final acababan en la papelera, porque sentía que nada hacía justicia a lo que quería decirte. Pensé que esto sería más fácil, Ali, pero lo cierto es que, joder, no puedo quitarme de la cabeza que no te merezco y que no es justo para ti esperarme durante meses y contentarte con un par de cartas cuando podrías ser feliz en tu mundo, ese en el que no existen los problemas, pasándotelo bien en el baile de fin de curso con tus amigos o conociendo a algún chico de esa urbanización en la que vives. Yo qué sé. Lo único que tengo claro es que no encajo en lo que debería ser tu futuro y que a veces me siento como un intruso en tu vida... hasta que recuerdo los veranos que pasamos juntos. Ahí parece que nada más importa, ¿verdad? Es como si solo estuviésemos nosotros en el viñedo y el resto del mundo desapareciese de un plumazo.

Ojalá viviésemos en un verano eterno.

Y ojalá puedas perdonarme, porque te juro que durante estos meses no he dejado de echarte de menos ni un solo día. Eres mi primer pensamiento al despertarme y el último al acostarme.

Lo siento muchísimo, Ali.

Allison dejó caer la carta sobre su regazo y se enjugó las lágrimas. Maldito fuese Alexandre Lambert. Desde luego, tenía el don de la palabra, eso seguro; era como si hubiese encontrado exactamente sus puntos débiles y supiese

cómo engatusarla.

Emma la miró de reajo mientras conducía.

—¿Estás llorando? Voy a matar a ese bastardo.

—No, es solo... un momento de debilidad...

Sorbió por la nariz y miró el paisaje distraída antes de atreverse a abrir una segunda, una tercera, una cuarta carta y todas las demás que siguieron, porque al parecer Alex estuvo escribiéndole durante años, incluso aunque ya no tenía ningún sentido hacerlo.

Las palabras se arremolinaban en su cabeza. *“Querida Allison, te echo tanto de menos que me duele hasta pensar en ti”*. *“Querida Allison, veo que no me has perdonado; ojalá pudiese volver atrás y cambiar lo que hice, pero es imposible. ¿Piensas no volver a hablarme en toda la vida? Nos veremos este verano. Ali, no seas orgullosa, vamos. Sabes que te adoro”*. Y luego seguían más: *“Allison, ¿dónde te has metido?, ¿por qué no has aparecido en todo el verano? Te juro que me voy a volver loco si sigues sin contestar mis cartas”*. *“Imagino que ya ni siquiera las abres, pero es que no entiendo qué ha ocurrido. Sé que me equivoqué, pero creo que me merezco al menos alguna explicación...”*

Emma apiló las cartas y se las guardó en el bolso.

—¿Estás segura de que ese es el mismo Alexandre que te traicionó para comprar el viñedo? Porque, ciertamente, parece que le importabas bastante. O

al menos gastó mucha tinta en ti —apuntó Emma frunciendo el ceño—.

Hombres. ¿Quién los entiende?

—Eso mismo estaba pensando...

Allison se tragó las últimas lágrimas antes de girar la cara hacia la ventanilla del coche y quedarse mirando el paisaje durante un buen rato con la música del fondo. Durante todo el trayecto, se sintió como si estuviese en una nube y fuese incapaz de volver a poner los pies en el suelo. Al menos hasta que llegó a Nueva York. Una vez la visión de la ciudad la envolvió, su corazón se endureció y se obligó a dejar atrás recuerdos y debilidades.

—¿Seguro que estarás bien? —le preguntó Emma cuando bajó del coche.

—Seguro —contestó inclinada sobre la ventanilla—. Y gracias por esto, por acompañarme hoy. Eres la mejor amiga que podría desear, ¿te lo he dicho alguna vez?

—Sí, pero me encanta oírlo a menudo —bromeó sonriente.

Se despidió con un beso que lanzó al aire y desapareció calle abajo. Allison suspiró hondo antes de darse la vuelta y caminar con paso apresurado hacia el portal del viejo edificio en el que vivía. Entró y subió las escaleras de dos en dos, aún distraída y, seguramente, con el rímel corrido después de tanto llorar. Quizás por eso, porque iba pensando en sus cosas y sin mirar al frente, no se percató de que había alguien delante de la puerta de su casa hasta que casi se dio de bruces contra él.

La sujetó cogiéndola con firmeza del codo.

Ella contuvo el aliento al ver esos ojos azules.

—Alexandre... —murmuró con un hilo de voz.

Parecía cansado y tenía unas ojeras inmensas bajo los ojos. Por un instante, ella deseó colocarle bien el pelo y pasar la mano por la barba de dos días que lucía, pero se contuvo.

—¿No vas a dejarme pasar? —preguntó él señalando la puerta—. Como imaginarás, el viaje hasta aquí ha sido largo. Por lo menos podrías invitarme a un café.

A ella no le pasó desapercibido el tono amargo de su voz, pero estaba tan nerviosa que las llaves se le cayeron dos veces al suelo antes de que acertase en la cerradura y abriese. En cuanto él entró en su apartamento, sintió que las paredes se encogían.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó insegura.

Un músculo se tensó en la mandíbula de Alex.

—¿Eso es todo lo que vas a decirme? —Dio un paso amenazador hacia ella, que retrocedió de inmediato hasta que su espalda dio con una pared—. He removido cielo y tierra para encontrarte y averiguar dónde vivías, no te haces una idea. Jamás en mi vida había pedido tantos favores. Odio pedir favores a la gente, tú lo sabes —espetó, con el rostro tan cerca del suyo que ella se estremeció—. He cogido un maldito avión y llevo esperándote en la

puerta de tu casa durante horas después de una semana de perros. Y lo único que tú eres capaz de decirme es: “¿*Qué estás haciendo aquí?*”

Allison arrugó la frente, enfadada. La ira regresó a ella con fuerza, esa que llevaba reprimiendo durante aquellos últimos días. Apoyó las manos en el pecho de él como si así pudiese impedir que se acercase más, pero lo cierto era que apenas unos centímetros los separaban y él no parecía dispuesto a dar un paso atrás.

—¿Y qué querías que te dijese? ¡Me mentiste, Alex!

—Fue por una buena causa, ¡maldita sea, Allison!

—¿Una buena causa? Te quedaste con el viñedo sin decirme nada. Esa misma mañana, sabiéndolo, te acostaste conmigo. ¿No pensaste que quizás querría estar al tanto?

Alex no soportaba más aquella situación. Se rio sin humor, porque era cierto que estaba completamente agotado. Alzó una mano y la posó en su mentón, subiendo los dedos lentamente hasta acariciar aquellos labios suaves que tanto había echado de menos como el aire para respirar. Contuvo el aliento, mirándola con furia y deseo a la vez.

—Compré el viñedo, cierto, tienes razón.

—No era necesario que lo confirmases.

—Pero lo compré para ti, Ali —susurró acariciándola con las palabras—. Te lo regalé. Por eso Morrison estuvo dispuesto a firmar cuando se lo

propuse. Todos los papeles de ese lugar están a tu nombre, ¿lo entiendes? Quería que fuese tuyo. Yo no tengo ningún poder sobre ese sitio. Y tú... maldita sea, no me dio tiempo ni a darte la sorpresa...

Allison parpadeó mientras intentaba asimilar aquellas palabras.

—¿Lo estás diciendo en serio? —preguntó atónita.

—Joder, sí. Está hecho. Es tuyo y solo tuyo.

—Me has regalado... el viñedo... —gimió.

—Eso es lo que intentaba decirte, sí.

Allison apenas podía respirar. Tenía un nudo en la garganta, de alegría, de euforia, de nervios e incredulidad. Y no era precisamente por el viñedo, por mucho que desease aquel lugar, era en realidad por el hombre que tenía delante, ese que acababa de demostrarle que la quería, que todas las palabras de aquellas cartas habían sido ciertas.

Ella alzó una mano y jugueteó con el botón superior de su camisa.

Lo desabrochó mientras lo miró a los ojos. Él le sostuvo la mirada.

—Tengo una pequeña pregunta referente a la adquisición.

—Adelante —la animó él con la voz ronca.

Ella le quitó un segundo botón y un tercero.

—¿Tú estás incluido en el pack del viñedo o vas por separado?

—A la carta, como tú prefieras. Aunque, si me dejas recomendarte algo, creo que lo mejor sería hacerlo mediante un acuerdo cerrado y a largo plazo.

Allison sonrió ante lo bien que sonaba aquello.

A largo plazo, tres palabras maravillosas.

Le abrió la camisa y se lamió los labios.

—Y con total exclusividad —añadió.

—Por supuesto —contestó él sonriendo.

Antes de que Alex pudiese decir nada más, ella se puso de puntillas y presionó sus labios con los suyos, besándolo por primera vez con esa seguridad que llevaba toda la vida deseando, esa que solo te encuentra cuando sabes que al fin has llegado al lugar indicado. Y no, no era el viñedo ni tampoco su casa de Nueva York. Su lugar indicado, sin duda, era Alexandre Lambert, el chico francés de ojos azules al que le había entregado su corazón cuando entendió, años atrás, que era algo que podía pertenecer a otra persona.

Epílogo

Tres años más tarde

Alexandre se secó el sudor de la frente y luego alzó la vista hacia el sol abrasador de aquel verano que estaba siendo especialmente cálido. Después caminó con gesto ausente por el camino de tierra que conducía hasta la casa. Aunque seguía manteniendo el mismo encanto de siempre, habían modernizado algunos muebles y ahora el comedor y las habitaciones tenían un aspecto mucho más agradable, con una sala de juegos para niños incluida y un pequeño saloncito para la lectura rodeado por varias librerías que Allison cuidaba con esmero, eligiendo con mimo cada uno de los libros que acogía.

Saludó a Anne y a Cécile antes de subir escaleras arriba y dirigirse hacia el último piso, ese que habían habilitado como una vivienda a la que no tenían acceso los huéspedes. No había nadie. Se metió en la ducha y se quitó la suciedad de encima. Cuando salió, sonrió satisfecho tras una mañana de duro trabajo que siempre le venía bien para descargar adrenalina. Fue a la cocina y empezó a cocinar hasta que escuchó los gritos de Susie y la voz suave de Allison intentando calmarla mientras avanzaban hasta allí.

La miró por encima del hombro.

—¿Un día duro? —preguntó.

—Susie solo es feliz con los caballos.

—Para ironía de su madre —respondiendo sonriente.

—Eso, tú búrlate —se quejó reprimiendo una carcajada, pero antes de que pudiese escabullirse, él la atrapó por la espalda y le dio un mordisco en el cuello ante el que ella gritó y Susie comenzó a aplaudir animada, sin entender qué estaba sucediendo, ya que aún no había cumplido los dos años—. Al menos, en todo lo demás ha salido a ti.

—Menos en los ojos —puntualizó mirando a su hija.

—Cierto. ¿Y acaso no te encantan mis ojos?

La miró parpadeando haciendo el tonto y Allison rompió a reír de nuevo antes de abrazarlo y darle un beso en los labios que Alex alargó antes de separarse. Lo miró de reojo mientras él volvía a centrarse en las verduras que estaba cortando. Sonrió tontamente al tiempo que Susie tiraba de su mano para reclamar su atención.

La felicidad debía de ser algo así, pensó.

Un día entero con Alexandre bastaba para terminar metiéndose en la cama con la mirada llena de luz. Porque cada mañana era una aventura a su lado y no necesitaba nada más para sentirse la mujer más afortunada del mundo. Por si eso fuese poco, Susie había llegado a sus vidas para alegrárselas todavía

más. Y después estaba el viñedo Morrisset, ah, el precioso viñedo que los había unido en el pasado y más tarde en el futuro, ese que él le había regalado, aunque, en realidad y después de casarse un año atrás, ahora era de los dos. Más que nunca, porque, como Morrisset bien había adivinado antes de que ellos lo supiesen siquiera, ambos se complementaban a la perfección. La cosecha de aquel año había sido espectacular. Los empleados parecían tan satisfechos como los clientes. Y ellos, por fin, después de muchos tropiezos, habían conseguido mantener sus caminos unidos para siempre.

FIN

Serie Chicas Magazine



Ya a la venta...

“La promesa de un beso” (ya a la venta)

Katie Wilson, la chica bonita de Sound River, se marchó del pueblo que la había visto crecer sin despedirse de sus dos mejores amigas y dejándole a su novio, James Faith, una corta nota pidiéndole perdón y el corazón destrozado.

Ahora, ocho años después y sin ningún otro lugar al que poder ir, ha regresado con los bolsillos vacíos. Las habladurías en el pueblo se han desatado y a pesar de que nadie sabe por qué se fue de allí, todos la juzgan. Especialmente James, que ahora es el dueño del rancho de los Faith, y que lo único que parece sentir por ella es rencor y ganas de vengarse. ¿Conseguirá Katie que las personas que amaba vuelvan a confiar en ella? ¿Logrará conquistar de nuevo el duro corazón de James?

OLIVIA KISS

Besos #1

*La
promesa
de un beso*



“La distancia entre dos besos” (ya a la venta)

Amber Faith trabaja como administrativa en el rancho de su familia y siempre ha sido una chica protectora, leal y con mucho carácter. Un carácter que se vuelve explosivo cada vez que se cruza con Ezra, el dueño del único taller mecánico del pueblo. Él tiene un humor de perros y parece odiarla desde que, meses atrás, ella tropezó y le tiró encima un café.

Sin embargo, a pesar de tener que aguantar sus caras largas, Amber necesita que le arregle el coche. Lo que no sabe es que Ezra esconde mucho más de lo que muestra y que, si no protege bien su corazón, puede que termine entregárselo. ¿Será capaz de resistir la tentación?



“Solo un beso para encontrarte”

Cuando Hollie Stinger era una niña, tuvo que soportar las burlas constantes de sus compañeros de clase porque era tímida, además de llevar gafas y aparato. Logan Quinn era uno de los cabecillas del grupo que siempre se metía con ella y, por desgracia, ha decidido volver a Sound River, el pequeño pueblo donde ambos crecieron.

Logan, el chico malo por excelencia, está de vuelta. Y una de las últimas cosas que esperaba al pisar de nuevo aquel lugar era descubrir que, durante su ausencia, Hollie había dejado de ser un patito feo para convertirse en un cisne. Broma del destino o no, sus caminos parecen cruzarse. ¿Conseguirá Logan conquistar el corazón de Hollie? ¿Puede ella fiarse de él...?



“El amor está en el aire”

“¿Puede un flechazo en las alturas cambiar el destino de dos personas?”

El día que Lauren descubre que su novio le es infiel, decide tomarse un descanso e irse de vacaciones junto a su mejor amiga. Está cansada de ser una kamikaze emocional en el amor, pero, cuando se toma dos mojitos de más en el avión para calmar su miedo a volar, su lado más impulsivo vuelve a salir a flote. Y, sin ser consciente de lo que hace, termina metida en la cabina del piloto, el guapo Allan Parker, que, desconcertado, no puede dar crédito a lo que está ocurriendo en pleno vuelo... ni tampoco apartar los ojos de ella.



“Alguien que no esperas”

Patrick y Maya son amigos desde niños, a pesar de sus muchas diferencias. Él está acostumbrado a la popularidad en el instituto y a ser el centro de todas las miradas. Ella, por el contrario, es poco dada a ir a fiestas y está muy centrada en sus estudios. Pero, cuando están a solas, encajan de un modo perfecto.

Sin embargo, años después los dos han cambiado y cuando se reencuentran de nuevo al terminar la universidad en el pueblo donde crecieron juntos, Patrick descubre que Maya va a casarse. En teoría la noticia debería haberlo hecho feliz, pero no es así, ¿qué es lo que está ocurriendo?, ¿siguen siendo solo amigos...?



